



Mi cenicienta

Myrian
González
Britos

Diez años mas tarde

Mi cenicienta
XL

Diez años más tarde



Myrian González Britos

© 2019 Myrian González Britos
Todos los derechos reservados

Queda terminantemente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Primera edición diciembre 2019

ISBN: 978-1671627666

Nota de la autora

Dicen que somos dos locos de amor
que vivimos de espaldas al mundo real
Pretendiendo lograr de la gente un favor
que nos dejen querernos en paz.

Tienen envidia de vernos así
abrazados y alegres cruzar la ciudad
y quisieran cortar este amor de raíz
que ellos nunca pudieron lograr

Yo sin tus labios me muero de sed
sin los míos también tú no puedes estar
nos queremos los dos, que le vamos a hacer
si la vida nos quiso juntar

Tengo mis ojos tan llenos de ti
que en mi cuerpo, cariño, no queda un rincón
donde no mandes tú, que este amor que te di
es el pulso de mi corazón.

(Raphael)



Las **cosas buenas**

PASAN A QUIENES LAS ESPERAN

..... *y*

LAS MEJORES

A quienes **van a por ellas**



Agradecimientos

Agradezco a Dios y a mis ángeles en primer lugar.

A mi mejor amiga y lectora número uno, mi madre, a mi padre, a mis hermanos y en especial a mi marido, que todos ellos siempre me han apoyado y animado a perseguir mis sueños...

A Sonia Martínez Gimeno que se ha tomado mucho tiempo en revisar y corregir esta obra.

A mis amigas del alma y lectoras: Jessica Sabio, Patricia Alejandra Celedón Aguilera, Paloma Samanta Jaen, Maritza Gritvaz, Flavia Farias, Teresa Mateo Arenas, Eliz Nathalia Martínez González, Flavia Farias y a todos mis futuros lectores.

«Sin vosotros este sueño no tendría sentido».

Eternamente grata.

Dedicatoria:

Dedico esta novela a Esther Vidal, una amiga, que me ha inspirado a escribir esta edición especial.

Patricia

Me levanto a toda prisa de la cama y me dirijo al cuarto de baño para lavarme la cara y los dientes. Me pongo un poco de polvo y rubor. Me peino y retorno a la cama. Es mi ritual diario antes de que mi marido se despierte y se encuentre con la realidad. ¡Antes muerta que eso!

—Debo perder estos diez kilos de más —me digo—, de más sobre los otros diez de más.

Nahuel duerme a pierna suelta tal cual vino al mundo. Lo miro con deseo, ¡Dios! ¡Mi marido es tan guapo y sexi que el orgasmo es casi instantáneo! Rechino los dientes antes de alargar la mano y tocarle las cachas duras como el granito. Cincuenta y cinco años de pura belleza y masculinidad afloran de sus poros.

—Mi amor —musita bajito—, ¿qué haces despierta a estas horas?

No le contesto, en lugar de ello empiezo a besarle la ancha espalda dorada hasta llegar a sus blancas nalgas. Son tan blancas que parece que lleva unos calzoncillos. El sol del verano dejó sus huellas en su piel las últimas vacaciones en el Caribe.

—Estoy hambrienta —le digo y luego le muerdo la nalga con afecto—, de ti, Nahuel.

Se da la vuelta lentamente y deja a la vista su enorme, inmenso, colosal, gigantesco miembro.

—Ay, Dios —digo boquiabierta—, ven con mami...

Nahuel se arquea con fuerza cuando meto su miembro en mi boca y empiezo a succionarlo. Verlo entregado a mí me excita mucho. Aumento el ritmo de mis lametazos y sus gemidos suben de volumen.

—Móntame —me ruega casi con desesperación—, hazme tuyo...

Se sienta en la cama y me detiene justo cuando unas gotas de su placer asaltan mi boca. Rasga mi camisón blanco precioso de la última colección de Victoria's Secret. Suelto un gritito y él ríe de buena gana.

—Te compraré toda la colección —me promete al borde del precipicio.

Rasga mis bragas Betty Boop y sin darme cuenta, estoy montándole a toda prisa y con mucha fiereza. Él coge mis pechos y los llena de atenciones mientras yo gimo cada vez más alto. Me sujeta por las caderas y empieza a moverme a su ritmo. Lento y profundo como si estuviéramos haciéndolo a cámara lenta. Su miembro es tan grande que no sobra espacio y la presión de los movimientos hace que todo mi cuerpo se estremezca. El orgasmo se alarga tanto que casi pierdo el control de mi cuerpo. Nahuel dobla las piernas y me mueve en círculos y en un ritmo que me está volviendo loca.

—Córrete conmigo —me ruega y es lo que hago segundos después.

El orgasmo es tan intenso que convulsiono sin parar hasta que me tumba en la cama y se precipita sobre mí dispuesto a darme otro y aún más fulminante.

—Te amo, señora Holmberg —me dice con su hermosa sonrisa—, el día será precioso.

Le acaricio la cara con ambas manos.

—Como todos los días a tu lado, Bollito.

Nos besamos con mucha fogosidad hasta que...

—¡Mami! ¡Papi! —gritan las gemelas y nos devuelven a la realidad, a la dulce realidad—, ¡tenemos hambre!

Sí, son mis hijas, definitivamente. Nos vestimos a toda prisa. Yo me pongo un vestido de tirantes con el rostro de Betty Boop en la parte frontal. Él unos pantalones chándal negro que realzan su bronceado pecaminoso.

—¡Buen día, amores de papá! —chilla al abrir la puerta.

Leticia y Alicia se lanzan a sus brazos y le llenan la cara de besos. Me acerco con el móvil y les tomo una foto para mi colección. Me encanta immortalizar aquellos momentos únicos en la vida.

—Mami —me dice Leticia tras abrazarme—, Joshua quiere ser mi novio y no sé qué hacer.

Tiene diez años y ya está pensando en el futuro. ¡Esa es mi hija! Nahuel me mira con asombro, pero lo ignoro. Mi madre me enseñó a buscar marido a esta edad y el universo tardó casi treinta y ocho años en darme uno, así que, mejor ir preparando terreno para mis gemelas.

—Yo tengo dos novios —dice Alicia cantarina y Nahuel casi se traga la lengua—, y dos pretendientes.

Esto me emociona tanto que casi me rompo a llorar.

—Tenemos que hablar, niñas —dice Nahuel algo molesto—, sois muy pequeñas para pensar en esas cosas.

Bajamos a la cocina con nuestras bollitas.

—Abuela me dijo que mejor dos que ninguno, papi.

Mi madre es directa cuando se trata de relacionamientos amorosos.

—Mmmm —ronronea mi maravilloso y delicioso marido—, Bollita...

Preparo los cereales de nuestras hijas mientras trato de darle una respuesta coherente, lapso en que Frank, nuestro mayordomo, entra en la cocina con Lana, la niñera.

—Buenos días —saludan ambos.

—Buenos días —decimos a coro la familia Bollito y asociados.

Nahuel me mira con seriedad y siento que la humedad empapa mis bragas. Su mirada hostil no me intimida, me excita y ya se lo dije muchas veces.

—Mi amor —le digo con la boca seca—, son niñas y no saben lo que dicen —me mira con asombro—, deja de mirarme así o te violaré —le musito al oído y se parte de la risa.

Leticia y Alicia son mi vivo retrato, pero en una versión más rubia y de ojos azules. ¡Son preciosas!

—Mami, ayer Fátima me llamó gorda —comenta Alicia, enfurruñada.

Mis hijas son rellenitas, no gordas, valga la aclaración. Nahuel se sirve un poco de leche y un bollo untado con Nutella mientras yo bebo mi zumo de naranja y preparo mi tostada integral.

—¿Qué le dijiste, Ali?

Ella saca la cuchara de su boquita y tras limpiarse con la manga de su pijama los labios, me dice:

—Le quité su desayuno, mami.

Me siento tan orgullosa de mi hija que mal puedo esconderlo. La canción «Cuban Pete» empieza a sonar en mi cabeza mientras me imagino bailándola con mucha habilidad

bajo la lluvia y con unos dulces entre las manos. Los gorditos siempre tenemos dulces, incluso en nuestras ensoñaciones.

«Ey ey ey» bailo mentalmente mi canción de la victoria.

—Mi amor —le dice Nahuel mientras yo giro sobre mis pies, mentalmente, claro—, no puedes hacer eso.

Leticia ríe por lo bajo y una alarma se enciende en alguna parte de mi cerebro.

—Alicia le quitó el desayuno y yo le lancé budín a la cara —ríe moviendo la cabecita—, ahora no volverá a molestarla o le meteré la cabeza en el váter, papi —me mira con expresión ladina—, como mami hacía en la escuela cuando molestaban por su peso.

Suelto un gemido de indignación.

—¿Quién te contó eso?

Nahuel me mira estupefacto.

—¿Es cierto, Bollita?

Mi mueca me delata ante él. Claro que es cierto, ¡nadie se burla de Patricia Alejandra Aguilera y sale ileso! Así me gané mi fama en la escuela, a pulso.

—La abuela —dice mi hija, cantarina.

«Tenía que ser» pienso con un júbilo indescriptible en el corazón.

—La regañaré —anuncio y cojo el móvil—, ma —digo cuando ella coge la llamada y me alejo de la cocina con la tostada untada con miel entre manos—, eres la leche... —musito y ella ríe de buena gana cuando le cuento lo que sus nietas han hecho.

No soy a favor del bullying, en absoluto, pero mis hijas deben defenderse como yo alguna vez en sus edades. Unos kilitos de más no son motivo para burlas. Ni kilos, ni estatura, ni color de piel o imperfecciones alguna debe ser motivo de burla.

—Me voy a la empresa —anuncia Nahuel media hora después—, debes hablar con nuestras hijas —me pide mientras yo camino en la estera de la sala de gimnasia.

Me comí tres tostadas y la dieta decía una. ¡Soy una rebelde sin causa!

—¿Por el ataque? —digo, mirándolo con lascivia.

Sus pantalones negros ajustados y su camisa color vino me vuelven loca. ¡Es tan guapo el condenado! Los últimos años apenas ganó peso, la natación hizo maravillas en su cuerpo, en su delicioso cuerpo dorado. Eso sin mencionar las largas caminatas que hacemos los fines de semana con nuestras hijas. Yo debo luchar contra el sobrepeso, es que me gusta comer, ese es el problema. De los cincuenta kilos que perdí en el pasado, me gané veinte. Bajo cinco y los gano de nuevo cada tanto.

—No —me dice para mi sorpresa—, el tema anterior.

¡Ese es mi chico! No me resisto, me acerco a él y me arrodillo con cara de mendiga sexual.

—Patricia —dice con una sonrisa preciosa.

Lo ignoro y bajo la cremallera de sus pantalones. Está listo para mí cuando saco su miembro de su bóxer. Huele tan rico y sabe tan rico.

—Oh, Gott... —gime en alemán cuando se corre—, du bist mein Ein und Alles...

Sí, soy su todo. ¡Mi Bollito Germany!

—Buen trabajo —le digo al levantarme—, te amo, Bollito.

Me da un beso súper apasionado antes de salir de la habitación. Prácticamente sale corriendo, temeroso de no resistirse y terminar en la cama conmigo hasta el mediodía. Pero hoy tiene una reunión muy importante en la empresa, en donde alguna vez trabajé. En

donde alguna vez lo conocí.
—Te amo tanto, Bollito.
¡Estoy tan enamorada de mi marido!

Nahuel

Llego a mi casa tras un día ajetreado en la empresa y me encuentro con Patricia y Frank llorando a lágrima viva en la cocina. Suelto el maletín antes de cruzar el umbral pensando lo peor. ¿Le sucedió algo a mis hijas? ¿A mi abuela? ¿A la de Patricia? Mi esposa se levanta y se acerca sollozando con amargura. Le abrazo a ella con todas mis fuerzas y le digo dulces palabras de consuelo. No puede articular una sola palabra ante la fuerte emoción que siente. Me estruja el corazón verla así.

—Era tan joven —dice, llorando—, no merecía morir.

Me aparto de ella para mirarla.

—¿Quién ha muerto, mi amor?

Mira hacia la televisión y yo sigo su enfoque sin abandonar mi deje de preocupación.

—Alejandro murió —me dice entre hipos.

Un signo de interrogación del tamaño de la televisión aparece sobre mi cabeza. Busco en mis recuerdos al tal Alejandro. No sé si es un familiar suyo o un empleado mío. Patricia conoce a cada uno de ellos y también a sus familiares. Rostros aparecen en mi cabeza y ríen a carcajadas. ¡Malditos desconsiderados!

—¿Quién es Alejandro? —le pregunto al fin.

Patricia suena la nariz con fuerza contra el pañuelo que sostiene con brío.

—El protagonista de mi novela, mi amor.

Varios globos empiezan a estallar en mi cabeza a la vez que unos animales salvajes salen corriendo muertos de la risa.

—Ah... —me limito a decir.

Se abraza a mí y le doy unas palmaditas en la espalda. Ella empieza a ronronear de un modo muy raro y al instante sé lo que desea.

—Nahuel... —gime al tiempo que me succiona el cuello—, hueles tan rico, mi amor. Minutos después...

—¡Sí! ¡Sí! —chilla Patricia a medida que le voy masajeando la espalda—, eres el mejor...

Antes de que se recuperara del éxtasis, la giro y me acomodo entre sus piernas. Estamos desnudos, así que la pasión hace el resto.

—Jo... Jo... Jo... —dice sin aliento.

La miro con expresión divertida.

—Falta mucho para la navidad, mi amor —me burlo y ella se parte de la risa.

Nos duchamos y bajamos para cenar con nuestras bollitas, que dentro de tres días viajan a Disney con sus compañeritas.

—¡Mami! —grita Leticia—, mira —le enseña un frasquito con unas hormigas en su interior—, pondré estas hormigas en los pantalones de Mickey.

Abro tanto los ojos que casi salen de sus órbitas. Miro a mi esposa que tiene una mueca que me hace levantar ambas cejas en un acto reflejo. Por muy poco no junta las manos en actitud de santidad.

—No sé de dónde sacan estas maravillosas ideas —dice, risueña—, tendré que hablar con mi madre.

Mi suegra y la abuela aparecen en casa minutos después. La madre de Patricia con un vestido entallado de leopardo y unos zapatos de tacón también de leopardo. La abuela lleva una blusa dorada y unos pantalones fucsia muy llamativos, eso sin mencionar sus gafas de montura dorada años ochenta y su abultado pelo canoso estilo Elvis Presley.

—¡Hoooolaaa! —saludan con alegría—, venimos a cenar con vosotros.

Siempre lo hacen. Mi suegro entra tras ella con una camisa estampada y unos pantalones color caqui tan llamativos como el resto de los atuendos de mi suegra y su madre. Leticia y Alicia corren hacia ellos gritando de alegría.

—Mis amores —les dicen ellas—, abuela les trajo unas pegatinas muy chulas para el viaje.

Me estremezco, intento no hacerlo, pero el temblor se apodera de mi cuerpo. Y cuando miro las pegatinas: Pégame, dame un tirón de orejas, patéame el culo y lánzame una tarta a la cara, el temblor se hace más intenso.

—Amelia tiene una librería y hacen pegatinas muy chulas.

Amelia es su hermana y está tan loca como ella. Sonrío mientras mis hijas miran embobadas las pegatinas de tamaño considerable.

—¡Pegaremos estas pegatinas por los pantalones de Mickey!

Mis hijas serán expulsadas del famoso parque, claro está. Les digo que no deben hacerlo y ellas me pegan en la frente una pegatina que reza: habla con mi mano. Salen corriendo entre risotadas cantarinas cuando las amenazo con que las seguiré.

—Tu abuela está loca —lanza mi suegra y quiero decirle igual que tú, pero por suerte me abstengo.

Patricia les sirve la cena y mira a su abuela tras ello.

—¿Más?

La Madre le da una colleja y ella suelta un gemido de lamento.

—No trates así a tu abuela —le dice.

La abuela le da una colleja a su hija y esta vez es ella a soltar un gemido de dolor.

—No trates así a tu hija.

Se miran con ojos de gatito moribundo y luego se abrazan. Se dicen que se aman y que están arrepentidas de lo ocurrido. Me quedo mirándolas con mi suegro, que bebe un vaso de agua muy concentrado. ¿Aún no está acostumbrado a ellas? Me río.

—Tu abuela de casi setenta y cinco años —la miro con escepticismo—, se ha comprometido con el abuelo del vecino de setenta años.

¿No tiene ochenta y dos años?, me pregunto para mis adentros mientras Patricia suelta una exagerada exclamación.

—¡Es un bebé, abuela!

Su madre resopla.

—Y es negro.

Mi mujer y yo la miramos con el ceño fruncido. ¿Desde cuándo era racista?

—Aparenta menos aún —repite y todo se aclara.

La abuela suelta una risita picarona.

—Y en la cama es una bestia.

Y el hambre se marcha de mi estómago. Patricia pone las manos en la cintura y la mira de un modo que no consigo definir con palabras.

—¿Cuándo se casan? ¡Yo preparo la fiesta!

En aquella familia la boda es sagrada.

—¡Felicidades! —le digo a la abuela—, espero que seáis muy felices...

Ella me aprieta las nalgas y suelto un gemido de lamento. En general, las abuelas aprietan los cachetes, pero la abuela de Patricia prefiere otros cachetes.

—Lo seremos, mi vida.

Por la noche, tras hacer el amor con salvajismo con mi mujer, ella pulsa el botón de la máquina que emite sonidos desde la cabecera. Primero bala una oveja, luego maúlla un gato, después ladran los perros y, por último, el sonido de una plácida lluvia irrumpe nuestra habitación. Ella se tumba a mi lado tras apretujar sus lonjas. ¡Amo aquellas lonjitas!

—¿Crees que es una locura que mi abuela se case a esta edad? —me pregunta mientras dibuja círculos alrededor de mi pezón—, los Aguilera nunca perdemos la fe en el amor —hace una pausa para suspirar—, y en el sexo —la miro con una sonrisa—, estoy feliz por ella.

—También yo, Bollita.

Busco su boca sin emitir una sola palabra y me acomodo entre sus piernas para hacerle el amor una vez más.

—Te amo, Bollita —le digo tras el clímax.

—Y yo a ti, Bollito.

La cama emite unos gemidos de placer muy exagerados y ambos nos tapamos con el edredón muertos de la risa tras apagarlo.

—¡Hasta la cama es obscena en mi vida! —grita ella y nos reímos aún más.

Patricia

Frank, el mayordomo más chismoso del planeta, me pone al día mientras bebemos café y unas galletas dietéticas de avena, lapso en que Paloma aparece con su hijo de ocho años. Rubio como el sol y pelilargo como el padre. Mis hijas gritan al verlo. ¡Dios! Son tan yo...

—Algún día se casará con una de ellas —dice mi amiga con una sonrisa—, o será amante de ambas.

Le doy un golpecito en el brazo mientras Frank le sirve algo de café. La niñera me dice que saldrá con las niñas y con Leo, el hijo de Paloma. Amo a Lana, es tan eficiente y cariñosa.

—¡Portaos bien! —les dije a mis hijas con poca convicción—, ¡al menos intentaos!

Aprovecho el momento de distracción de Frank y le cuento a Paloma sobre la gran sorpresa que estoy preparando para mi marido por los dieciocho años que nos conocemos. Festejamos de todo: primer beso, primer polvo, ¡todo!

—¿Te gusta la idea?

Paloma aplaude como una foca, pero no estoy segura si es por la idea o por las galletas de chocolate que le ofrezco. Por ambos, deduzco tras analizar la situación.

—¡Me encanta la idea!

Y con esa afirmación, llamo a la empresa encargada de hacer carteles. Les digo lo que quiero que coloquen y luego les envío una foto mía y de Nahuel. Mi amiga me dice algo y me distraigo un poco. Me cuenta que su primo está montando una sex-shop de última generación. No comprendo muy bien de qué va hasta que me explica.

—¿Venden bragas vibratorias que se activan con la voz del hombre que elijas? —pregunto antes de pulsar enviar en el email—, ¿y cómo es eso?

Paloma me dice que ellos graban la voz en las bragas a través de un chip o algo similar. Mi amiga es tan brillante como yo en temas informáticos.

—Las bragas vibran cada vez más a medida que escucha la voz del elegido.

Esbozo una sonrisa y meneo la cabeza en un gesto negativo.

—Quiero una —digo y Paloma asiente—, por curiosa, nada más —le aclaro y ella se echa a reír.

Me dice que funcionan a la perfección.

—Jonás viaja mucho y entonces me llama mucho —dice la sinvergüenza entre risotadas—, por suerte le compré aquella vagina portátil que le habla mientras le chupa —me guiña un ojo—, ¿adivina qué voz le habla?

—Sin comentarios...

Días después, tras la merienda con mis hijas y preparar la cena romántica para festejar el día que nos conocimos hace dieciocho años atrás con Nahuel, que llega hoy por la noche, Paloma me llama y su voz me asusta. Cuando me cuenta por qué me llama, casi pierdo la consciencia.

—¡¿Quééé?! —grito al oírla—, ¡¿mi marido aparece desnudo en el cartel?!

Me envía una foto de dicho cartel. En él, mi delicioso marido, candidato para ser el

empresario del año, aparece apoyado por los codos, con las piernas ligeramente dobladas y con la sábana cubriéndole, en parte, sus encantos.

—El cartel es enorme —digo atribulada—, oh, Paloma —suelto un gemido de dolor—, la próxima vez le enviaré un peluche.

Salgo de casa disparatada y cojo a Paloma de su casa. Ambas llevamos unos monos rojos muy chulos y unas viseras del mismo tono dispuestas a cubrir el cuerpo mítico de mi marido que está siendo admirado por todas las mujeres de la ciudad con pintura blanca.

—Nahuel no sabe nada —le digo afligida—, al menos no noté nada en el timbre de su voz en la última llamada que me hizo.

Aparco y salimos del coche como alma que lleva el diablo. Cogemos las latas de pintura y las brochas.

—¡Dioooss míooo! —grito al ver el cartel—, ¡es enorme!

Me pongo muy seria al no saber a qué me refiero exactamente.

—Y eso que no se ve bien —acota mi amiga—, no estaba mirando ahí —recalca y le doy un golpecito en el brazo—. Lo que está entre sus piernas no es un cojín de anaconda ¿verdad?

Algo enorme se alza entre sus piernas, algo brutal y delicioso, por cierto.

—¡Palooo! —le reprendo—, es su anaconda —nos reímos.

Frenamos los pasos cuando unas chinas se ponen frente al cartel para tomar fotos con mi marido.

—Es Paul Walker —dice una que medía medio metro—, Walker —imita el rugido de unos coches de carreras—. Fast & furious.

Miro a mi marido y suspiro, ¡es tan guapo! Tiene un parecido enorme a Paul Walker, es verdad. Guapo, alto, dorado y de unos ojos azules que no parecían terrenal. Mi entrepierna ruge como el motor de un coche.

«Mmm».

—Es Paul Walker made in China —me mofo y ellas me piden que les tome unas fotos.

Cojo sus móviles y les tomo unas fotos. Ellas saltan, chillan y dicen cosas sin sentido, bueno, al menos para mí.

—Pose Ángeles de Charlie —les digo y ellas se posicionan—, muy bien... —me agradecen con unos cabeceos—, de nada.

Unos hombres se acercan a nosotras. Miran el cartel con curiosidad.

—¿Es Paul Walker? —dice uno de ellos.

Resoplo sin querer.

—Me envió una selfie desde el cielo —me burlo y él me mira con asombro—, es un chiste.

Se rasca la nariz con aire pensativo.

—¿El andamio es para vosotras?

Asiento con un cabeceo mientras las mejillas se me van encendiendo ante la gran vergüenza que siento. Miro hacia el cartel y le indico el sitio exacto donde los quiero.

—Allí —le digo y la montan en muy poco tiempo—, gracias.

«El día que llegaste a mi vida al fin conocí al amor de mi vida, Bollito» dice el precioso cartel. Le pregunto a Paloma si quedaría mal que lo lleve a la casa y lo coloque en el jardín. Total, está repleta de estatuas desnudas. Ella ríe de buena gana ante mi ocurrencia.

Nos acercamos y preparamos las brocas para pintar el retrato de mi marido.

—Por suerte los andamios que alquilamos son bien altos —me dice Paloma—, y fueron rápidos los de la empresa.

Subimos las escaleras con cierta dificultad.

—Es bastante alto —digo algo amedrentada—, estas escaleras no me parecen muy firmes, Palo.

Cuando llegamos a nuestra meta, Paloma dice:

—Olvidamos algo.

Ambas miramos hacia abajo con expresión muy triste.

—Las latas de pintura —decimos a coro.

Paloma baja las brochas en el piso de metal del andamio y vuelve a por las latas con mucho cuidado. Cuando llega al suelo, la desgraciada escalera se desmonta y mi amiga termina en el suelo como un trozo de pastel de chocolate. Tengo hambre y empiezo a ver comida en todas partes.

—¿Estás bien? —grito preocupada—, ¡Palomaaa!

Ella se levanta y me dice que está bien, aunque una piedra le hincó una de las nalgas. Le pregunté cuál de las nalgas y ella me grita:

—¡La tercera!

Nos echamos a reír y luego nos rompemos a llorar. Efecto de la menopausia.

—¡Buscaré ayuda!

Me siento y cuelgo mis piernas. Retiro de mi mochila en forma de mariquita un paquete de galletas Oreo y me las como con lágrimas en los ojos. Estoy rompiendo la dieta, por quinta vez solo esta semana. Visualizo mi reloj por décima vez, pronto será la hora de la cena y no podré recibir a mi marido cómo planeé durante toda la semana.

—¿Bollita? —dice de pronto Nahuel—, oh, cielo —exclama, pero no soy capaz de distinguir si está o no enfadado—, ¿ese cartel es obra tuya?

Miro el cartel y luego trato de mirarlo, pero no consigo verlo bien ya que está muy oscuro.

—¿Qué cartel? —digo con expresión seria y él ríe de buena gana.

Escucho un ruido peculiar, parece el ruido de una escalera de metal. Nahuel aparece ante mis ojos con un mono negro y una mochila enorme a cuestas.

—Bollita —me dice con ternura—, qué lindo y osado detalle —mira su foto con el ceño fruncido—, gracias, mi amor.

Se sienta a mi lado y me da un beso muy apasionado.

—Feliz día de nuestro primer encuentro en la vida —le digo tras apartarme de él—, aunque haya estropeado la sorpresa —miro el cartel de rojo—, me equivoqué al enviar la foto —él me arregla el pelo—, jamás enviaría esta, caso contrario —enarca una ceja—, por suerte envíe esta —repongo al evocar las tantas fotos desnudas que tengo de él en mis archivos.

Nahuel coge la mochila que trajo de la espalda. Me dice que ya pintaremos el cartel tras la cena. Saca una botella de champán de ella y unos bollos deliciosos para festejar nuestro día.

—Eres... eres... maravilloso —le digo emocionada hasta las lágrimas—, te amooo...

Nahuel me da un profundo beso de amor.

—Y yo a ti, mi amor, mi todo.

Nos estrechamos con fuerza, lapso en que un helicóptero de CNN aparece y nos ilumina con una luz blanca muy potente.

—Dios mío —decimos ambos con cara de espanto.

Fuimos noticia en todo el país y Nahuel no ganó el premio al mejor empresario del año, pero sí al más atractivo y sexy.

—¡Mierda!

Nahuel me mira asombrado.

—Lo siento, Bollita —me dice apenado—, no les hagas caso, tú estás perfecta así.

En la revista aparecemos abrazados y ellos resaltan que estoy un poco rellenita. Pero no es lo que en verdad me molesta.

—¡Ponen que tengo cuarenta y cinco años! —chillo y mi marido se echa a reír—, ¡si apenas he cumplido cuarenta!

—Ay, Bollita...

Nahuel me da un apasionado beso de amor y terminamos en la cama donde quemamos calorías que consumimos la noche anterior.

Nahuel

Unos inversionistas alemanes se reúnen conmigo en mi mansión el fin de semana tras el viaje de mis bollitas a Disney con su niñera y sus compañeritas de escuela. Patricia lloró todo el viaje de regreso, me dijo que sus hijas ya no la necesitaban. Y es que ambas heredaron mis genes germánicos, eran más independientes que la mayoría de sus compañeritas.

—Perdí a mis bebés —me dijo mi esposa—, me siento abandonada.

Patricia siempre es tan exagerada y desde que es fan de las novelas turcas, anda peor que nunca. El saludo de mis futuros socios me devuelve al presente de golpe.

—Cielo, estos inversionistas son muy importantes —le digo antes de que lleguen.

Ella me mira con ojos achinados.

—¿Temes que te avergüence como las últimas veces?

Ladeo la cabeza y pienso en la mejor respuesta, en la que no me deje mal ante ella. El sofá de veinte mil euros no es tan cómodo como la cama. Ningún sitio es bueno sin ella.

—Eh, sí.

Ella me da un golpecito en el hombro.

—¿Lo dices por aquel día que dije que el cuadro de aquel empresario parecía uno hecho por nuestras hijas?

Levanto una ceja.

—Él era el pintor, cielo.

Patricia resopla.

—Luego le dijiste a su hermano que Macbeth era la nueva hamburguesa de McDonald's los fines de semana —le recuerdo—. Eso sin mencionar el grito que pegaste en medio de una reunión cuando Leticia usó tu labial rojo para pintar mi Montet favorito.

Mi esposa se ríe.

—Ni hablemos del día que casi maté a uno de tus patrocinadores dándole toda la comida que no debía comer.

Asiento y luego niego con la cabeza.

—Pensando que yo tenía un problema del corazón —digo en tono escéptico—, porque Frank te dijo que si no seguía la receta que le había entregado para preparar la cena aquella noche me daría un infarto.

Me da un beso.

—La lista es más larga que la de Schindler —se burla—, ese chiste no le cayó nada bien a la mujer de Oskar Schindler en la cena benéfica que hemos asistido en Argentina.

Mi mujer hizo un par de comentarios fuera de lugar sobre nazis en una cena para sobrevivientes del holocausto.

—Me comportaré —me promete—, lo juro.

Pero cuando veo a Paloma y a su primo, algo en mí se hunde. Patricia me da un beso en la boca y se aparta. Se reúne con sus pintorescos amigos y ríe a carcajadas. Me estremezco.

—Hola, primo —me saluda Jonás—, ¿le has contado algo a Patricia?

Niego con la cabeza. Una de las empresas anda mal y si no consigo convencer a estos inversionistas, la tendré que cerrar y más de dos mil personas perderán sus empleos, algo que a mi mujer le afectaría mucho.

—Necesitamos convencerlos —me dice tras recoger su melena en un rodete—, como Paloma me convenció de que adoptáramos a un niño chino.

Lo miro con curiosidad.

—Me dice que Leo necesita un hermanito y como ella ya no puede, lo mejor es adoptar uno.

Caminamos hacia la sala.

—Me dice que no tendremos que decirle que es adoptado, que bastaría con decirle que lo concebimos en China y que por ello salió así.

Suelto una carcajada que recorre toda la casa. ¡Paloma sigue tan loca como mi mujer!

—No es mala idea —dice mi primo.

Y la risa se convierte en una mueca indefinida. Es rubio, pienso y me echo a reír de nuevo.

«Como tú» suena la voz de mi mujer en mi cabeza y la risa se congela.

«Hmm».

Frank abre la puerta de la sala y los inversionistas entran con sus elegantes trajes de marcas caras.

—Guten Tag —saludan los alemanes al llegar.

Nos dirigimos a la sala de estar y empezamos a hablar del proyecto de la nueva línea de maquillajes para personas de bajo recursos. Patricia siempre me dice que las mujeres aman el maquillaje, pero que los buenos eran demasiado caros y deben recurrir a los baratos. Esos maquillajes a la larga afectan la salud.

—Necesitamos lanzar unos maquillajes más accesibles —dice uno.

—Pero de buena calidad —dice otro.

—Una buena propaganda sería una gran ayuda —acota otro más.

Andrew y yo intercambiamos una mirada. Las últimas propagandas nos costaron mucha pasta y no tuvo el éxito que anhelábamos. En ese lapso, la canción: Cuban Pete empieza a sonar en alguna parte de la cocina. Me pongo tenso, muy tenso.

—¡Ey, ey, ey! —chillan mi mujer y sus amigos.

Los inversionistas se miran entre sí y luego me miran a mí con expresión inquisitiva. Me sonrojo como un tomate.

—Eh... —digo inquieto.

Patricia, Paloma y José aparecen en el pasillo protegido por unas puertas de cristal. Era como si estuvieran en la pantalla de una televisión. Todos los miramos con atención. Al parecer están discutiendo por algo. Patricia está en medio de ambos, que gritan y mueven los brazos de manera acalorada. Mi mujer los empuja y les dice algo. Sus ojos se encuentran con los míos y ella traga con fuerza al ver mi expresión.

«Oh oh» vocaliza con los labios.

De pronto bailan como unas bailarinas de Honolulu y hacen unas muecas sensuales. Niego con la cabeza mientras me imagino ahorcando a mi mujer.

—Los mataré con discreción —dice Jonás y se levanta—, ¡Palomaaa!

¿Discreción ha dicho? Ellos entrechocan entre sí al oírlo. Corren hacia la derecha y

luego retornan sobre sus pasos. Jonás aparece en el pasillo y me dedica el dedo pulgar levantado antes de perseguir a los tres chiflados. Patricia reaparece y drena para lanzarme un beso. Los inversionistas se matan de la risa. Los miro sorprendidos. ¿Alemanes riéndose? ¡Algo anda mal! Me levanto de un salto y suelto:

—¡Patricia Alejandra Aguilera!

Me dirijo como un rayo hacia ella. Paloma y José corren y chocan contra Jonás. Yo aprovecho el momento de distracción y cojo a mi mujer del brazo. Ella balancea la mano a los inversionistas, que se levantan y empiezan a aplaudir. Freno mis pasos.

—¡Excelente, Holmberg! —chillan—, ¡nos has convecido con este número!

Patricia y yo nos miramos con asombro. Abro la puerta de cristal y los miro con expectación.

—¿Perdonen? —digo en alemán.

Ellos se acercan.

—Queremos cerrar el acuerdo, siempre y cuando este espectáculo sea la propaganda de la nueva marca —mira a mi mujer con lascivia y siento un enorme deseo de reventarle la cara—, mujeres con curvas, mujeres reales —sigue mirándola con lascivia.

Me pongo delante de ella como un macho alfa resentido. El escote de la blusa de mi mujer logra un acuerdo multimillonario.

—¡Gracias, señor pescador! —dice Patricia tras mí.

—Es Fischer —le corrijo entre dientes.

—¿No es pescador en alemán?

Sin comentarios. Tras la partida de los alemanes, Patricia sale del cuarto de baño con una faldita verde, una corona de flores y un sujetador de cocos. La miro con mucho deseo. También con cierto enfado por el espectáculo que hizo, pero ante todo con deseo.

—Señor Holmberg...

Su canción favorita suena de fondo mientras la pasión se adueña de mí lentamente. Mi entrepierna sube y sube. Parece que tengo un mástil entre las piernas. Por muy poco no se mueve el pibre ante la excitación.

—Señorita Aguilera...

Y así vuelven a nuestras vidas esos viejos e indelebles personajes de años atrás que cambiaron para siempre nuestras historias.

—¡Ay, señor Holmberg! —chilla cuando le doy unos azotes en el culo—, ¡más!
¡Más!

Patricia

Mis hijas y yo estamos preparando unas galletas de chocolate para dar la bienvenida a Nahuel. Mi delicioso marido retorna hoy de Alemania tras cerrar un acuerdo millonario con unos inversionistas de allí. El señor Fischer incluso me envió un enorme ramo de flores y una preciosa caja de chocolate días antes de su viaje. Ese alemán sabe cómo halagar a una mujer como yo. Nahuel se enfureció, pero cuando probó aquellos exquisitos chocolates sobre mi cuerpo desnudo, cambió rapidito de opinión.

—¡Holaaa! —dicen Paloma y José al entrar en la cocina.

El primo de Paloma, actual pareja de Andrew se sienta en la butaca y suelta un lastimero suspiro.

—Acaban de depilarme el culo con cera —dice y mis hijas sueltan un gemido de susto—, la cara —acota y ellas recuperan el color de sus caritas—, tengo cara de culo —nos echamos a reír, pero él no—, este es el momento en que vosotras —nos lanza servilletas—, ¡me dicen que no es cierto!

—Eres terrible, primo.

Tras limpiarles las caritas, salen corriendo con Leo hacia la sala para ver sus series favoritas.

—¿Ese es el collar que te regaló tu marido tras su metedura de pata? —pregunta Paloma, con expresión ladina.

El fin de semana pasado fuimos a una cena benéfica y ante el apuro de mi marido, llevé un bolso que no combinaba con el quinto vestido que me probé aquel día. Y la periodista que asistió a la fiesta dijo en su artículo que fui la peor vestida de la noche. Nahuel, a modo de disculpas, suele regalarme joyas.

—Combinan con mis nuevos pendientes —les digo y ambos se echan a reír.

Meto las galletas en el horno, lapso en que el teléfono suena. Cojo la llamada mientras Paloma prepara café. Pongo en altavoz y me limpio las manos mientras mi madre me lanza una pregunta bastante inquietante.

—¡Ma! —le digo a mi madre cuando me pregunta cuál de las posiciones es mejor para llegar al orgasmo en menos de cinco minutos.

José y Paloma se ponen pensativos.

—Perrito —dice él—, el sometido, el misionero, la profunda y sus variantes.

Lo miro atónita.

—De la cortesana, la cucharita, molinillo de viento, arriba, abajo, de lado —suelta Paloma se echa a reír—, ¡todas!

Mi madre anota las posiciones para buscar en Google. Me dice que probará unas posiciones nuevas para avivar la pasión. Se siente rara, ya que su madre de ochenta años tiene vida sexual más activa que ella. Me quedo mirando el teléfono con atención tras apartarlo de mi oreja.

—¡Menos información, ma!

Cuelgo tras despedirme de ella. Niego con la cabeza mientras mis amigos se parten de la risa.

—Mira lo que te traje —me dice Paloma—, bragas vibratorias personalizadas —me enseña un tanga rojo de encaje con una bragueta un tanto abultadita en el centro—, cuando alguien diga tu nombre —me mira con expresión ladina—, empezará a vibrar.

Dice mi nombre y las bragas empiezan a vibrar.

—Cuanto más digan tu nombre, más vibrarán —dice José con picardía—. Los tangas que me compré son geniales —pone los ojos en blanco—, vibran justo en el centro de mi...

—¡Menos información! —grito y él ríe a carcajadas.

—¡Son geniales! —chilla Paloma—, pero no las use en una reunión familiar o en la misa —niega con la cabeza—, Jonás dijo mi nombre antes de ir a comulgar y el padre me miró raro cuando puse los ojos en blanco y me mordí los labios.

—¡Por poco no la exorciza! —dice José y nos echamos a reír.

Por la tarde, Frank me ayuda a preparar la cena romántica para mi marido, que al final llega un poco más tarde. Me dijo que tenía una reunión exprés en la empresa y no podía postergarla.

—Las niñas están con Lana —me dice Frank—, y yo miraré mi serie —resopla—, no tengo vida, señora.

Esbozo una sonrisa, lapso en que suena el timbre.

—¡Es él!

Para mi sorpresa, mi madre aparece en casa con la mitad de la familia Aguilera y asociados.

—Maaaa —digo boquiabierta—, ¿qué hacéis aquí?

Ella me dice que la familia quería verme y que decidieron venir para darme una pequeña sorpresa. ¿Pequeña? ¡Son más de veinte!

—Además, Nahuel llega hoy de su viaje, hija.

Lo peor de todo es que me puse las bragas vibratorias para alegrar a mi dulce Bollito.

—¡Patricia! —dice mi abuela y las bragas empiezan a vibrar—, me gusta ese vestido de callejera —mira mi escote pronunciado—, ¿me lo prestarías?

Es un vestido rojo muy escotado y corto. Especial para mi maridito. Mi abuela me presenta a su futuro marido y a su hijo. Este dice mi nombre cuando ella le dice que no es necesario tanta formalidad. ¡Grave error!

—Patricia es mi adoración.

Pongo los ojos en blanco, muerdo mi labio inferior y cruzo las piernas como si estuviera a punto de hacerme pis encima.

—Gra... gra... cias... —digo con voz temblorosa—, abuela.

Necesito subir y cambiarme de bragas, pero mis parientes no me dejan. Incluso el padre, mi ex pretendiente, aparece en la fiesta.

—¡Patricia! ¡Patricia! ¡Patricia! —dicen sin cesar mi nombre.

Tiemblo cada vez más y estoy a punto de correrme. Cojo el brazo del cura y le pido un poco de agua. Él me mira con extrañeza al notar la película de sudor en mi frente.

—¿Te pasa algo, Patricia?

El orgasmo está a punto de adueñarse de mí, falta tan poco. El cura me mira con el entrecejo fruncido. Para él estoy teniendo alguna posesión demoníaca o algo parecido.

—¡Mi amor! —grita Nahuel de repente desde la puerta—, oh... —suelta abrumado al ver a tanta gente con ropas llamativas.

Parece una fiesta de travestis de los años sesenta. Me mira con asombro y cierto reproche. Tras él aparecen unos hombres bien trajeados, supongo que son sus socios o algo así.

—¿No leíste mi mensaje, Patricia? —me dice al acercarse.

No consigo pensar con claridad ante los espasmos que estoy teniendo. Cierro un ojo y muevo las pestañas como si estuviera sufriendo una descarga eléctrica mientras el otro está bien abierto. Mi cara no es muy sensual que digamos. Cruzo las piernas y sujeto el brazo de mi marido con fuerza.

—Patricia, ¿qué está pasando? —me pregunta y las bragas aumentan de ritmo—, ¿Patricia?

—Di mi nombree —me estremezco—, por favor...

—Patricia, ¿qué te pasa?

La música de Lady Gaga: Bad romance suena de fondo mientras un delicioso orgasmo se apodera de mi cuerpo y empiezo a temblar.

—¡Patricia! —grita Nahuel.

—¡Sí! ¡Di mi nombre! —chillo justo cuando la música termina.

Nahuel y todos los presentes me miran con atención y cierta curiosidad. Yo los miro con cara de una persona que acaba de gozar, no sé cómo describir, pero es muy delicioso.

—Fue genial, mi amor —le digo con la respiración agitada—, genial...

—¡Patricia! —grita mi marido y todo vuelve a empezar.

¡Orgasmo parte II!

Nahuel

Patricia está organizando un teatro con nuestras Bollitas, Paloma y su primo. Eso me asusta un poco, esos tres chiflados cuando están juntos la tierra y mi corazón tiemblan también.

Estoy concentrado en unos documentos cuando mi móvil timbra, es Patricia. La voz de Malú la delata siempre. Cojo la llamada y ella me informa que el ensayo del teatro de las gemelas será en una vieja discoteca que pertenecía a su tía Úrsula. Una mujer tan loca como su hermana, mi suegra. También allí realizarán la fiesta de despedida de soltera de su abuela, agrega risueña.

—No puedo creer que hace once años nos casamos —me dice con nostalgia—, qué rápido pasó el tiempo, Bollito.

Es verdad. Once años de felicidad.

—Y no entramos en la rutina —dice y sé a dónde apunta su flecha—. No pido cena romántica al pie de la Torre Eiffel ni un show de striptease —esbozo una sonrisa—, tampoco son ideas.

«Tengo una gran sorpresa para ti» pienso con expresión ladina.

—Nuestras hijas están enormes —dice con tristeza—, ya salen solas con sus amiguitas —se le quiebra la voz—, mis bebés...

Mis gemelas están enormes y tan hermosas como la madre, aunque con ciertos retoques míos, palabras de Patricia, no mías, por cierto.

—Recuerdo el día que las tuve —dice tras sonarse la nariz—. Yo con treinta años de edad y pesando apenas sesenta y cinco kilos... —suspira—, gritando como una loca en el pasillo sin que el maquillaje se me corra...

Frunzo el entrecejo al no sentirme identificado con ese recuerdo. ¿De qué habla?

—Déjame soñar —me dice y se echa a reír—, en mis sueños también el helado adelgaza y el chocolate elimina la celulitis...

Así es mi Bollita, ¡una caja llena de sorpresas y ocurrencias! A su lado nunca supe lo que es un día aburrido. Siempre hay alguna que otra travesura, locura, metedura de pata o drama innecesario.

—Te amo, Bollito.

—Y yo a ti, Bollita.

Al colgar, cierro los ojos y regreso al pasado, seis meses antes del parto...

Años antes...

—Nahuel —me dice con voz melosa—, dentro de poco pareceré una piñata mexicana —la miro con desaprobación—, y estaba pensando en que debíamos aprovechar el tiempo antes de que nazca nuestro bebé.

En ese entonces, no sabíamos que serían dos.

—Me gusta la idea, cielo.

Y así lo hemos hecho...

—¿Dónde está mi Eva con relleno de chocolate?

Nos disfrazamos de Adán y Eva XL. La casa es enorme y nos gusta explorar cada rincón. Ella grita y sé exactamente dónde está.

—¡En el jardín!

Atravieso la puerta acristalada tal cual he venido al mundo y la busco. Miro los lados y nada. Miro atrás y nada. Solo veo jarrones repletos de flores exóticas que mi suegra plantó en la primavera pasada.

—Hola, señor Holmberg —me dice mi hermosa mujer cerca de la piscina.

Está en la tumbona con el pelo largo cubriéndole los pechos y un tanga rojo con lentejuelas.

—Rsrtrs —ronroneo como un gato en celo—, oh, cielo...

Tengo una erección portentosa muy similar a una baguete. Patricia se muerde los labios con sensualidad a la vez que deja al descubierto uno de sus pezones. Me acerco con pasos firmes y enseñándole mi miembro a punto de estallar.

—¡Patricia! —grita de pronto su madre desde la sala—, ¿Nahuel?

Suelto un taco y me lanzo hacia la parte más oscura del jardín. ¡Grave error! ¡Aquellas plantas eran similares a las ortigas! Patricia se acerca y me coge de la mano.

—¡Hacia allí!

Corrimos hacia la fuente del ángel con un pene bastante inquietante. Patricia me dice que lo ha comprado justamente por ese motivo. La miro circunspecto como si acabara de decirme que Lady Gaga es la nueva Miss Universo.

—Shhh —me dice y me indica hacia la puerta—, le dije a mi madre que viajaríamos por dos días —me mira apenada—, y la muy sinvergüenza viene a usar la piscina con hidromasaje.

Mi suegra aparece con un bañador bastante inquietante. Es de animal print, para variar. Tras ella aparece mi suegro con un tanga bastante diminuto. Se besan con pasión y se ríen.

—Dios mío —dice Patricia, arrebolada—, veré porno en vivo...

Eso me asusta.

—¡Es incestuoso!

¿Solo eso? No sabemos cómo huir, ya que pueden vernos y la situación sería muy rara. Mis suegros se meten en la piscina y empiezan a jugar como dos críos. Ambos ladeamos la cabeza con un gesto algo torcido.

—Tienen un modo muy extraño de excitarse —me dice Patricia con un deje difícil de definir con palabras—, es como si fueran unas focas...

Estuvimos dos horas allí, escuchando gemidos y gritos nada sensuales mientras Patricia desliza sus pulseras de plata en mi miembro.

—Es tan portentoso —me dice con admiración y luego lo mete en la boca—, y tan delicioso...

Mis suegros desaparecen del lugar de un momento a otro y aprovechamos para continuar jugando. Pero mi mujer se queda dormida con mi miembro sobre la cara minutos después. La miro con profundo pesar y luego suelto un suspiro.

—Soy un pésimo amante... —digo y gimoteo.

Vuelvo al presente con una sonrisa en la cara.

—Estamos locos —digo sin abandonar mi deje—, pero felices.



Por la tarde me reúno con mi mejor amigo Erik alias Alana para que me depile las piernas y los brazos. Decido realizar una de las fantasías de mi mujer: ser su striptease particular. Es un regalo distinto, pero como me lo dice todo el tiempo, creo que espera ganarlo tarde o temprano. Y como ya no soy tan joven... ¿es ahora o nunca!

—Va a doler —me dice Alana, con una sonrisa muy ladina—, mucho —trago con fuerza.

Ni loco voy a un Spa para que me desplumen, prefiero que Alana lo haga, aunque eso no sea menos peligroso que digamos. Nos marchamos a su departamento.

—¿Tengo que depilarme las piernas? —pregunto mientras ella calienta la cera orgánica a baño María—. ¿Mi parte íntima también?

—La zona del bikini es la más dolorosa, Heinrich.

—¿Eh?

—Oops, perdón, la zona de la ropa íntima —me enseña la cara interna de sus musculosas piernas.

—Dios —digo asombrado.

—¿Tienes miedo?

—No, es que ya no tienes un pene —le digo, impresionado.

—¿Quieres ver cómo quedó?

Suelto un grito ahogado.

—¡No!

Ella ríe de buena gana al ver mi reacción. Somos amigos desde el jardín de infancia, aún no puedo acostumbrarme a verlo con su nueva apariencia. Aunque ahora comprendo mejor muchas cosas del pasado. Como su afán por ponerse vestidos, maquillarse y usar los zapatos de tacón de su madre. Incluso me convenció a mí de que lo hiciera, pero ante

mi rechazo, terminaba siendo su marido millonario.

«Mmm» ronroneo con cara de póker. Algunos secretos, secretos deben morir.

—En estos momentos quiero medir menos de metro noventa y cuatro —digo con tristeza.

Por fortuna, tengo pocos pelos en el pecho.

—Tienes la piel muy seca —me dice Alana—, tengo una crema perfecta para eso.

Antes de la sesión de cera, me pone una crema gelatinosa de color verde oscuro en la cara. Mal puedo mover los músculos faciales. ¿Qué tipo de crema es? ¿Cemento?

—Suelo usarla antes de ir a la cama —comenta tras colocarse en el rostro—, rejuvenece la piel y elimina puntos negros —sonríe.

Lady Gaga canta: Bad romance de fondo. Miro hacia la sala de estar pletórica con expresión perpleja. ¿Cómo no me di cuenta de que mi amigo era gay? Me pongo serio al evocar las noches que dormimos juntos, muy juntos.

«Mmm».

—Debemos esperar media hora para quitárnosla de la cara, Heinrich.

En ese lapso, me depilaré. Va a por la cera mientras me quito las ropas. Me miro curioso en el espejo ornamental del baño. La natación y la esgrima me ayudan a mantener la buena forma. Siempre fui delgado hasta que Sandra murió y busqué consuelo en la comida.

—Sandra —digo apenado—, siempre te echaré de menos, hermana.

Alana retorna con la cera entre manos.

—¿Listo?

La miro aterrizado.

—No.

Sonríe.

—Perfecto.

Ella es sádica, por cierto.

—Dolerá —me advierte una vez más—, nunca, jamás olvidarás las sensaciones que hoy experimentarás.

Me pongo muy serio.

—Como mi primera vez —añade y me estremezco de pies a cabeza.

No replico, solo respiro. Esparce la cera caliente por mi cuerpo con mucho cuidado. Llevo unos calzoncillos negros que más bien parecen un bañador. Alana se acuclilla y clava sus ojos en mi parte íntima.

—Vaya —suelta y me ruborizo—, Patricia sí que es afortunada —me sonrojo aún más.

Luego coloca unas bandas blancas sobre la cera. Parezco un hombre gominola.

—Debo tirar la banda —me dice, sonriente—, tiraré de un golpe para que duela menos.

Cuenta hasta tres antes de quitar las bandas.

—1... 2... 3...

Veo estrellitas y osos polares por todas partes. Un grito agudo se me escapa de lo más hondo de mi ser.

—¡Por Dios! ¡¿Por qué alguien se torturaría de este modo tan sanguinario?! —mis ojos se nublan—. ¡Dueleee!

Grito a todo pulmón cuando tira la segunda banda de mi pierna. Golpeo la mesa del

lavabo y lloriqueo.

—¡Grita! —chilla Alana—, pensarán que estoy con uno de mis tantos amantes...

La miro con asombro y con lágrimas en los ojos. No es por la emoción, no confundáis, es por el intenso dolor que siento en las piernas.

—¡A por las otras bandas!

¿Por qué no me depilé con la vieja maquinita de afeitar? ¿Por qué?! Cojo una toalla y la meto en la boca para ahogar mis gritos titánicos. Alana tira con fuerza las bandas y con ello arranca mi alma.

—Scheißeee! —golpeo el lavabo con los puños cerrados—, *es tut weh!* —me duele en alemán suena más dramático.

Alana se parte de risa. ¡Desconsiderada! Las cosas empeoran cuando intento a quitar la crema de la cara. ¡Es peor que la cera!

—¡Mierdaaa! —chillo al quitarme un pequeño trozo de la mejilla derecha—. Ay... ay... ay... —gimoteo cada vez que la quito del rostro—. ¡\$\$%&”§%&/! —despotrico en algún idioma muerto.

Alana tira los parches al mismo compás. Ríe a carcajadas y luego continúa. ¡Es una sádica!

—¡Prefiero las torturas de la mafia China!

Cuando llego a cierto punto de mis pómulos, lloro unos segundos antes de proseguir. Me sujeto por el lavabo y trato de recuperar la compostura.

—¡Cera nunca más! —grito y lloriqueo al tiempo.

Salgo del departamento caminando como un pato violado por un elefante. Tengo la piel de la cara súper roja, ¿por qué? ¡Soy alérgico a algún componente de la maldita crema! Voy al médico y me receta un antialérgico. Por la noche me miro horrorizado al espejo al verme con el tanga rojo casi inexistente.

—Por amor hacemos locuras —digo y salgo para mi primer y último show como stripper.

—¡Ahhh! —grita Patricia con una alegría indescriptible y hace que todo dolor valiera la pena—, ¡mi amor! ¡Baila para mí! —me enseña unos billetes y me parto de la risa—, ¡mueve ese culo perfecto!

La amo tanto, pero cera, ¡nunca más! ¡*Niemals!*

Patricia

Estoy preparando el teatro de mis gemelas con sus compañeritas y mis amigos. También están mi madre, José y mi abuela que hoy está disfrazada de pollo. Me dice que pensó que era una fiesta de carnaval. No replico, estas cosas son normales en mi familia. Mi madre dice que es exceso de sexo. Comentario innecesario, por cierto. Discuten y yo me meto entre ellas. Peleamos y luego nos reconciamos con un abrazo en grupo.

—Tu familia mola —le dice Pamela a Leticia.

Mi hija sonrío.

—Están locas.

Alicia rodea el hombro de su hermana.

—Te dije que mi familia era la leche, Pame.

No sé si sentirme halagada o no. José se acerca con una caja entre manos y luego suelta un chiste de vikingo para fastidiar un poco a su prima.

—Cierta día, un vikingo rubio va al doctor y le dice: La otra noche llegué a mi casa y encontré a mi esposa con otro hombre. Me enfurecí y ella me dijo: Ven, siéntate, anda tómate un café, vamos a hablar. La siguiente noche, pasó lo mismo y ella me repitió: Anda, anda, no seas enojón, tómate un cafecito y charlemos. El doctor le contestó: ¿Y cuál es su problema? Oiga doctor, ¿no me hará daño tanto café?

Nos echamos a reír, menos Paloma, que lanza algo hacia su primo. Él grita como una histérica y da varias vueltas sobre sí mismo. ¡Es tan exagerado!

—¡A trabajar! —chilla mi madre—, no tenemos todo el día para montar el palco.

Mis hijas y sus compañeras resoplan hastiadas cuando al fin elegimos un tema para el teatro.

—Caperucita roja es muy aburrida, mamá —me dice Alicia—, le falta algo.

Paloma se cruza de brazos y yo copio su gesto. Nos ponemos a pensar. Tras media hora, decidimos transformar aquel cuento en algo más divertido y delicioso.

—¡Iré a por los disfraces! —chilla José—. ¡Mis amigos tienen unos muy buenos!

Paloma y yo nos encargamos del guion mientras mi madre y mi abuela estudian el palco. Los niños gritan alrededor de nosotras la mar de contentos.

—¡Hoolaaa!

Antonio y Alejandro, amigos de José, aparecen con varias bolsas entre manos, una hora después. La canción «Poker Face» de Lady Gaga suena a todo volumen en alguna parte de sus ropas mientras se acercan a cámara lenta caminando como unas modelos de pasarela.

—¡Aquí estamos para ayudaros! —los dos llevan unas gafas muy pletóricas.

—Hola —decimos monocorde.

Antonio lleva unos vaqueros muy ajustados y una camiseta rosa muy colorida. Ale lleva puestos unas mallas negras combinadas con una camisa negra llena de lentejuelas y un sombrero rojo.

—¿Qué os parece este título? —digo entusiasmada—, ¿Caperucita XL y la liga de los dulces?

Los niños se miran y luego me miran a mí. Hacen una pausa innecesaria y tras ella:
—¡Sí! —chillan con alegría.

Esbozo una amplia sonrisa de satisfacción.

—¡Qué empiece el show! —grito—. ¡Un cuento de hadas muy calórico y delicioso!
Ensayamos entre risas y gritos. ¡Es el teatro infantil más raro del mundo!

—¡Hora de la merienda! —grita mi madre—, segunda parte.

Nuestros quince niños meriendan entre risitas y grititos. Volvemos a los ensayos que son un verdadero desastre. Paloma y yo nos reímos como focas embriagadas cada vez que José aparece en el palco gritando. ¡Está loca!

—¡Lo logramos! —gritamos al finalizar los ensayos.



Por la tarde, Nahuel aparece con unos vaqueros ajustados negros y un suéter blanco remangado hasta los codos que me hace suspirar hondo. Sonríe al verme desde la platea. Sus patitas de gallo le dan un toque extra a su belleza germánica y las canitas también. Tiene más de cincuenta años, pero está tan apetecible como uno de cuarenta.

«Te amo» vocaliza.

Le lanzo un beso.

«Y yo a ti».

Una hora después, la maestra aparece en el palco con el micrófono y anuncia la obra que presentaremos esta noche para la clausura del año escolar.

—Esta noche les presentaremos la obra maestra «Caperucita roja» —anuncia, la muy inocente.

Todos aplauden con euforia desde sus asientos. Mi esposo está en primera fila, expectante y emocionado. José y Paloma ordenan los últimos detalles del palco mientras mamá y yo vestimos a los niños con sus respectivos disfraces.

—Me ves guapa, mami —demanda Alicia con su vocecilla de abejita resfriada.

Le doy un beso de esquimal.

—Una princesa, cielo.

Alicia es Caperucita XL, la hija no reconocida de Superbollito y Cenicienta XL. Leticia se acerca y me da un beso.

—¿Me veo bien, mami?

Las miro con adoración, las amo tanto.

—¡Estás hermosa!

Ambas me abrazan.

—¡Hora del show!

Se abren las cortinas y Alicia entra al escenario con su capa roja y su espada de

plástico. Todos sueltan un tipo de gemido. No sé si de admiración o estupor.

—¡Defenderé a mi abuelita con esta espada! —chilla Alicia y todos se ríen, menos la maestra, que me está fulminando con la mirada desde su sitio.

Leticia aparece con el traje de Mujer maravilla, pero en lugar de estrellitas en los pantis, tiene flores de vainilla ya que es Mujer Vainilla. Lana toca el piano y se equivoca en la misma nota varias veces. Quiero ser sorda en estos momentos. Paloma empieza a chasquear los dedos y el famoso sonido de los Locos Addams asalta mis oídos. La copio y el resto del elenco también. Así nadie se da cuenta del pequeño error de la pianista.

—¡Te ayudaré, Caperucita XL! —grita y come una magdalena de la cesta.

—¡No te las comas todas! —dice Alicia y todos se ríen.

Nahuel graba todo con la videocámara.

—¡Vámonos!

Chocan los cinco mientras los padres ríen a carcajadas en el salón. En ese lapso, aparece Flash-cake y los Bombones Rangers. ¡Es un teatro muy delicioso!

—¡Te defenderemos, Caperucita XL!

Alicia se acerca a la abuelita con su cesta repleta de bombones y magdalenas.

—Abuela, qué ojos más grandes tienes —dice con voz misteriosa.

El lobo-gominola carraspea.

—Es para verte mejor, Caperucita XL.

Alicia toca su nariz de plástico y luego sus orejas.

—Por Dios, ¡qué orejas tan grandes y peludas! ¿Acaso no conoces la... la... la...?

Olvida el texto.

—¡Depilación de cera! —grita José y todos se echan a reír.

Alicia asiente sonriendo de oreja a oreja. Los observo desde un costado del palco con Paloma y mi madre que comen ansiosas unos bombones que Nahuel me trajo, por cierto. Mi abuela entra en escena para nuestra sorpresa.

—¡Soy una libélula! —dice moviendo sus alas—, una libélula de confeti...

Todos se carcajean al ver cómo baila la Macarena.

—¡Anuela! —le digo desde mi sitio—, ¡abuela!

Voy a por ella y la muy desquiciada empieza a correr con su andador por el palco, robándose risotadas y silbidos. Estoy roja como un tomate ante la vergüenza. La llevo al fin hasza mamá y le doy un beso. Ella me dice que el sexo ha resucitado ciertas hormonas muertas de su cuerpo. ¿Por qué no tengo una abuela normal? Alicia carraspea y prosigue con el teatro.

—Es para oírte mejor —dice el lobo-gominola.

Alicia reclina la cabecita y mira el rostro del lobo-gominola con ojos curiosos.

—¡Qué dientes más grandes tienes, abuelita!

Son postizas, dice mi abuela. La miro con atención y ella me dice que a su marido le encanta. Pongo los ojos en blanco al comprender mejor su comentario obsceno.

—¡Es para comerte mejor, Caperucita XL!

Alicia suelta un grito antes de correr. Se detiene y mira hacia la platea.

—Oh... oh...

Mujer vainilla, Supergalleta y Bat-mermelada aparecen mientras los otros niños bailan la canción «I need a hero» de Bonnie Tyler. Nada en aquel cuento tiene sentido, ahora que lo analizo mejor.

—¡Ahhh! —grita Alicia mientras el lobo-gominola la persigue por el palco—. ¡Mi

papá vendrá a defenderme!

El lobo-gominola frena en seco y se rasca el mentón peludo con aire pensativo.

—¿Y quién es tu papá?

Alicia le enseña la capa roja y el lobo pone cara de tonto.

—¿No adivinas? —balancea la capa—. ¡Superbollito!

Todos ríen a carcajadas en la platea. Marcel aparece con su disfraz de Superbollito. En lugar de una «S» en el pecho es una «B». Nahuel niega con la cabeza a la vez que se ríe. ¡Es tan guapo mi Superbollito!

—¡Lobo-gominola, le has fallado a este cuento!

El famoso argumento de Arrow nos roba una risotada cantarina a todos sus fans presentes. Leticia y Pamela sujetan la cola del lobo mientras Superbollito y Batmermelada lo paralizaban con un polvillo brillante. Los Bombones Rangers lo rodean mientras Flash-cake corre de un lado al otro, incapaz de detenerse en su carrera. ¡Somos los peores guionistas del mundo! Aunque Netflix podría interesarse en esto...

—¡Hemos capturado al lobo malo! —chillan eufóricos.

Thor-chocolate aparece en escena.

—¡Tú no eres héroe de la DC! —dicen todos al unísono.

Thor-chocolate se arregla el pelo rubio con mucha gracia.

—Solo quería preguntarle al lobo por la marca de su champú —dice y todos se desternillan—. Su pelo es tan brillante y suave...

¡Somos los peores guionistas del mundo parte II!

—Caperucita XL se unió a la liga de la justicia con su nueva mascota, el lobo-gominola, que terminó adoptando... —digo, risueña—, colorín, colorado...

Los niños se ponen en fila y se cogen de las manos.

—¡Este delicioso y calórico cuento ha terminado!

Ellos se agachan para agradecer. Todos aplauden y gritan.

—¡Bravo! —gritamos.

Colorín, colorado, este cuento al fin ha terminado.

Nahuel

Mis princesitas cumplen diez años este fin de semana y, para nuestra mayor exasperación, la encargada de la decoración desaparece tras cobrar el cheque en el banco. Patricia está furiosa y me dice que la matará cuando la encuentre. Le digo que será difícil, ya que la mujer simplemente no existe.

—¡No a la decoradora! —me dice—, ¡a mamá!

La miro estupefacto.

—Ah.

Por la tarde el escuadrón de Patricia aparece en la casa para organizar la fiesta exprés de nuestras hijas. José y sus amigos traen varias cajas. Paloma y mi suegra se encargan de los dulces. Patricia y la abuela de la tarta. Jonás, Alana y yo de la decoración.

—Papi, ¿crees que estoy gorda? —demanda Alicia tras apretujar su tripina.

Me arrodillo y la estrecho con afecto. Luego la lleno de besos. Suelta una risita cuando mi barba de una semana le provoca cosquillas en el cuello.

—Esos kilitos de más te hacen muy especial, cielito.

Leticia se acerca y me da un beso. ¡Mis princesitas me tienen de las bolas!

—Es exceso de dulzura —dice Leticia—, y el que diga lo contrario —muestra su puño—, cambiará rapidito de opinión.

Me quedo mirándola con asombro.

—Mmm...

Al cabo de unos minutos, Alicia me dice que tiene tres novios en la escuela y Leticia dos. Todo empieza a girar a mi alrededor.

—Sois muy pequeñas para pensar en novios —les reprendo algo enfurruñado—. No tenéis edad para esas cosas.

Me dieron un beso, uno en cada moflete.

—Abuela dice que mejor dos que ninguno.

Pongo los ojos en blanco.

—Y la bisabuela tres mejor que uno —acota Alicia.

Salen corriendo, dejándome con cara de idiota.

—No te enfades —me dice Patricia—, ellas me dieron esos consejos —la miro con atención—, ya conoces mi historial romántico, Bollito.

Prefiero no replicar y ella ríe a mandíbula batiente al ver mi deje. Alana y Jonás aparecen por la tarde para ayudarme con la decoración de la fiestita.

—¿Por qué no contratas a una decoradora profesional? —pregunta Alana—, eres multimillonario como Christian Grey —añade—, y tú eres real.

—Es domingo y Patricia dice que será más especial si lo hacemos nosotros.

Alana se encoge de hombros. Montamos las mesas y ordenamos las sillas, todas ellas de color rojo. Paloma coloca los centros de mesas: un zapato rojo de tacón de plástico repleto de chucherías. El motivo de la fiesta es: Cenicienta XL.

—Hablando de otra cosa —dice Jonás y nos roba la atención—. Ayer mi sobrino de

quince años me preguntó si era posible la doble penetración vaginal.

¿Doble penetración vaginal? Lo miro con los ojos bien abiertos. Alana sonríe con picardía y temo que suelte el motivo que traumatizará mi mente para siempre.

—¿Qué le dijiste? —logro articular tras recomponerme de la impresión.

—En primer lugar, ni siquiera pude hablarle de una simple penetración —mi cara empieza a arderme—. ¿Cómo podría hablarle de una doble penetración vaginal? ¡Ni siquiera sabía que era posible!

Alana suelta una risita sospechosa.

—Ni hablemos de una anal.

Me persigno en un acto reflejo.

—Es pecaminoso —me dice a modo de confidencia—, pero delicioso.

—Entonces, ¿es posible? —dice Jonás, pensativo.

¡Parecemos unos adolescentes cachondos hablando de sexo! ¡Por el amor de Dios! ¡Somos adultos de cincuenta años y pico!

—¿Es posible? —bisbiseo, curioso—, lo dije en voz alta ¿no?

Alana coge su móvil y busca algo. Abro como naranjas los ojos al mirar la pantalla del teléfono. Jonás suelta un gemido indefinido. Es terror y admiración a la vez.

—Hala, es posible —balbuceo boquiabierto.

—Oh —susurra Jonás.

Definitivamente, volvemos a tener trece años.

—¿Qué hacéis? —demanda Patricia de repente.

Gritamos ante el susto. Mi esposa nos mira curiosa y desconfiada. Alana pulsa el botón de volumen sin querer y los gemidos se hacen presentes. Patricia ensancha sus ojos con exageración, como la chica del vídeo.

—¿Estáis viendo un vídeo de doble penetración? —suelta mi suegra tras su hija—, reconocí ese gemido al instante.

Patricia la mira con atención y cierto estupor. Yo también y creo que mi primo también.

—¿Qué? —dice ella como si tal.

—Nada, mamá.

La abuela de mi mujer se acerca y presta atención en el gemido.

—Doble penetración vaginal —dice tras chasquear los dedos en el aire—, el otro día lo hicimos con mi novio y el consolador que me regalaste, Paty.

No sé cómo reaccionar al respecto. Estoy estupefacto. Conmocionado y totalmente enmudecido.

—¡Ya lo pondremos en práctica! —me dice Patricia con una sonrisa—, aunque me hagas ver las estremitas con tu salame...

Mi cara es del color de los manteles. Mi mujer esboza una sonrisa antes de alejarse con su madre y su abuela. Hablan del tema como si estuvieran hablando de alguna receta de pastel.

—¿Me ayudaréis? —les digo a mis amigos, que se levantan de un salto de sus sillas.

—Dios, ¡qué aprieto! —clama Alana y la miramos con ojos interrogantes.

¿A qué se refiere exactamente?

—¡Papi! —gritan mis princesas y nos despabilan de golpe.

Llevan puestos sus vestidos rojos estilo princesa con el toque peculiar de Patricia: la foto de Betty Boop en sus pechos. Me acuclillo y abro mis brazos de par en par.

—¡Mis princesas!

Alana coge unos globos y los ordena con Jonás.

—¡Doble bellezas! —suelta ella y le lanzo una mirada bastante elocuente.

—¡Ya, calla!

Dos horas después, la casa está repleta de niños. Gritos, berrinches, llantos y peleas infantiles rellenan cada recoveco. José serpentea su cuerpo con sensualidad y me ofrece unos canapés. Trago con fuerza antes de coger unos.

—Están deliciosos —digo y cojo dos más.

Mi gordito interior aflora.

—Me encanta —dice Alana—, dos en uno.

—Basta...

La fiesta es todo un éxito, en especial el globo loco en forma de bollo. Cuando todos se marchan, Patricia se acerca y me da un beso muy apasionado. Me dice que me ama y luego me guiña un ojo. Serpentea su cuerpo y se dirige al globo loco. Miro hacia los lados y tras esbozar una amplia sonrisa, la sigo.

—Es medianoche —me dice con las piernas bien abiertas—, Cenicienta se siente tan sola en este cuento.

Este cuento no es apto para menores.

—¿Cenicienta quiere esto? —le digo a la vez que le enseño mi miembro—, a ver si encaja...

En lugar del zapatito...

—Oh, sí, Bollitooo...

Hacemos el amor con tanto frenesí que el globo loco estalla y terminamos en el suelo como dos merengues en pleno verano. Nos levantamos a toda prisa antes de que nos pillen allí.

—No encuentro mi zapato —me dice Patricia.

Le cojo de la mano y la arrastro hasta la habitación. ¡Necesito poseerla con urgencia!

—¿Acaso no conoces el cuento? —le digo y ella ríe a carcajadas.



Mi tía abuela Amelia Holmberg viene a vernos hoy por la tarde. Está ansiosa por conocer a mi esposa e hijas. Tiemblo al ver el atuendo que Patricia elige para la ocasión. Un vestido rojo con un escote corazón bastante llamativo. Mis hijas llevan unos vestidos estampados muy delicados. Las miro con sorpresa y cierto estupor. ¿Por qué accedieron a ponerse esos vestidos con tanta facilidad? Me acerco a ellas y les pregunto:

—La tía abuela morirá dentro de un año como mucho —dice Leticia con toda naturalidad—, así que somos sus únicos herederos.

Llevo mi puño derecho a la boca para ahogar un grito.

—Tenemos cien millones de motivos para vestirnos así, papi.

Mi mujer se acerca.

—¡Niñas! —las reprende—, era nuestro secreto.

No sé cómo reaccionar, así que solo muevo el cuello. Mi tía abuela siempre está lista para criticarme y no quiero darle motivo para ello. El timbre suena y al abrir la puerta, toda certeza se disipa. Mi suegra ha venido.

—Ma —le dice Patricia—, vete a tu casa —le pide con poca delicadeza.

Ella se rompe a llorar como una Magdalena.

—¿Te avergüenzas de mí?

Patricia la mira con atención.

—No, pero la tía abuela de Nahuel no entendería tu manera de ser, ma.

Mi suegra se abraza a mí sin dejar de gimotear.

—¿Por qué quieres que me vaya?

Mi mujer se acerca y le dice algo al oído. Mi suegra se recompone en dos segundos y se seca las lágrimas con un pañuelo antes de despedirse de nosotros. Pero en lugar de salir por la puerta principal, se dirige a la cocina y le pide a Frank algo para su desazón.

—Tranquilo —me dice Patricia—, todo saldrá bien.

Mi tía abuela llega para la hora del café, puntual como un tren alemán. La saludo y de entrada me dice que estoy muy viejo para llevar estas ropas tan informales. Patricia me susurra al oído:

—Cien millones.

No digo nada, solo sonrío.

—Hola, tía —saluda mi mujer con alegría.

Mi tía abuela la mira con atención y cierto estupor.

—¡Qué atuendo más llamativo!

Eso significa vulgar en su lengua. Patricia gira sobre sí misma.

—Lo compré en la última rebaja por la mitad del precio —dice ella henchida de orgullo.

Mi tía abuela parpadea.

—Me pregunto dónde está la otra mitad de la ropa y el buen gusto.

Patricia se pone seria y yo le susurro:

—Cien millones.

Ella ríe con soltura.

—Tía —dice sonriente—, te adoro.

«La ahogo» vocaliza y me rio.

Mis hijas se presentan. Le hacen una reverencia y sonrían con ternura. Mi tía abuela se acerca y les apretuja los mofletes.

—Sois hermosas —las mira con severidad—, aunque deberían comer menos dulces.

Leticia frunce el ceño y sé al instante que dirá alguna barbaridad. Alicia se reclina y le murmura:

—Cien millones.

Mi hija vuelve a sonreír. ¡Dios mío! ¡Son la copia de mi suegra! Pasamos al comedor y Frank nos sirve el café y las tartas. Patricia le dice que ha hecho las mismas.

La miro con sorpresa y ella vocaliza: cien millones. Mi tía abuela pone pegas en todo. Las tartas están muy dulces, muy blandas, quemadas, el café muy fuerte y la sala mal decorada. Patricia aprieta mi muslo y suelto un gemido de dolor al sentir cómo sus uñas atraviesan la tela de mis vaqueros.

—Cien millones —la digo y ella afloja un poco.

Tras la merienda, recorremos la casa y como de costumbre, mi tía abuela encuentra defecto en todo. Entonces, Patricia sube a nuestra habitación y temo lo peor. Las niñas se quedan abajo con Frank, quizá intentan convencerlo de poner veneno en el café de mi tía. Espero que sea uno bueno y rápido.

«¡Dios mío! ¡Patricia acaba de usurpar mi cuerpo!».

Cuando entramos, mi tía suelta un gemido de susto. Miro la cama repleta de penes de goma de diferentes colores.

—Tu sobrino nieto es un perverso —dice Patricia y mi tía empieza a tambalearse de un lado al otro—, ¿quieres llevarte uno?

Ni los cien millones logran cambiar la manera única de ser de mi esposa. La amo, alguien debe poner los puntos sobre las íes en esta historia. Y ella los pone bien clarito.

—Adiós —nos dice antes de marcharse.

Mi tía abuela, para mi asombro, nos deja los cien millones tras su muerte. Murió teniendo relaciones con unos strippers que la abuela de Patricia la recomendó.

Fin de la historia.

¡Y cien millones a nuestra cuenta!

Patricia

Nahuel desaparece durante un viaje y mi corazón está destrozado desde entonces. Dos días sin saber de él me tiene al borde de la locura. Alana y Jonás no me cuentan nada, a pesar de mis ruegos. Me esconden algo, algo delicado. Paloma me llama por la tarde y me dice que tiene una pista, pero no está segura de cuán fiable es. Nos reunimos en la casita de madera de mis hijas, que se encuentran con mis padres.

—¿Lo han secuestrado?!

Paloma asiente.

—Jonás dice que son secuestradores inexpertos —señala mientras yo lloro a lágrima viva—. Que podrían ser los empleados de alguna de las empresas.

Me seco las lágrimas con el dorso de la mano y me sorbo con fuerza la nariz.

—¿Nombró algún lugar? —murmuro.

Mi amiga asiente al tiempo que me enseña la dirección.

—El coche fue encontrado allí.

Mi corazón me grita que vaya al lugar. Según mi amiga, el sitio está abandonado. Solo hay un viejo galpón donde viven millones de ratas.

—Iré al lugar —digo decidida—, con mi péndulo —acoto—, él me indicará dónde está.

Paloma me dice que necesitamos unos disfraces. Nos ponemos unos monos rojos algo ajustados que realzan nuestras curvas.

—Somos como los ángeles de Charlie —me dice—, tras la maternidad.

Paloma pide prestado la vieja vespa rosa de su primo. La montamos.

—¡Sujétate! —me grita.

Me abrazo a ella tras colocar mi casco rosa. La moto nos lleva dos cuadras y luego para.

—Mierda —dice mi amiga—. No tiene combustible.

Nos vamos a una estación de servicio con la moto a nuestro lado. Tras llenar el tanque, la volvemos a montar.

—¿Lista?

—Lista.

Llegamos al lugar media hora después. Es una locura ir solas, pero mi marido me necesita e incluso el diablo está de acuerdo conmigo.

—Es allí —indica Paloma.

Es un sitio en medio de un bosque. Hay algunas casas, pero todas abandonadas. Reina el silencio absoluto y eso me asusta.

—La empresa de Nahuel compró estas tierras —dice Paloma—, eso dijo Jonás ayer en la reunión —miro el sitio con ojos curiosos—, menos donde está ese galpón —me indica con la mano—, los dueños no querían venderlo y tu marido decidió hablar con ellos personalmente —la miro por encima del hombro—, y después de eso no retornó a la empresa.

Nahuel tiene que estar aquí. ¡Mi corazón me lo grita! Miro a los lados, nada. Es un

sitio alejado de todo y de todos. Dimos varias vueltas por el sitio y encontramos un coche a un costado de una casa. Alguien sale y ambas entrechocamos al intentar ocultarnos. Giro a mi amiga y la empujo con poca delicadeza a un lado. Ella se tropieza antes de rodar en el jardín repleto de malezas.

—¿Qué hacemos con el alemán? —dice un hombre—, aún no puedo creer que me equivoqué.

Levanto la cabeza y miro a los dos hombres. Uno es alto y delgado y el otro todo lo contrario. ¡El gordo y el flaco versión secuestradores!

—Él se sintió mal —dice el gordo—, y luego perdió el conocimiento.

El otro suelta un taco.

—¡Le pusiste sedantes en su té en lugar de azúcar!

¿Qué quieren decir con aquello? ¿Sedaron a mi marido para secuestrarlo? El gordo asiente y el flaco gruñe antes de dar una colleja a su cómplice.

—Maldito Glaucoma —refunfuña el gordo—, siempre me pasa lo mismo —el flaco le da un golpecito en el brazo.

Paloma me dice Glaucoma es el autor moral del secuestro. La miro con atención, pero no emito una sola palabra.

—Tranquilo, el alemán despertará en breve.

Paloma tira de mi mono.

—Mira, Patricia —me indica una ventana que posiblemente lleva al sótano—. Podemos entrar por ahí.

Pienso en las ratas, en las arañas y en Nahuel, vale la pena vencer mis propias fobias por él. Paloma me ayuda a bajar por la ventana.

—Malditos rollitos —me quejo al no lograr meterme en la ventanilla—. La dieta de la manzana no está funcionando —protesto cuando de pronto, escucho unas voces.

Salto y ruedo a un lado. Me empapo con algo, espero que no sea lo que pienso. Huelo, ¡no lo es! Me levanto y camino de puntillas hasta un viejo armario y me escabullo tras él.

—¡Despierta! —ordena el flaco.

El armario ajado huele a musgo y a olvido. Observo desde allí al flaco y al hombre que yace sentado en una silla bajo una tenue lámpara que mal ilumina el lugar. Alargo el cuello y veo a mi marido. ¡Está aquí! ¡Vivo!

—Nahuel —digo emocionada.

Envío un mensaje de texto a Paloma, rezando porque su tono de mensaje del Correcaminos esté en silencio.

«Nahuel está aquí. Llama a tu marido urgente».

—¡Despierta! —grita de nuevo el hombre—, ¡llevas dos días roncando!

Nahuel anda muy cansado, tal vez solo está descansando un poco. Una rata pasa delante de mi cara y suelto un gritito antes de lanzarme al suelo. ¡Odio las ratas!

—¿Quién está ahí?!

Miro hacia arriba y veo el culo de Paloma a punto de caer sobre mi cabeza.

—Miauuu —imito el maullido de un gato.

El hombre no se mueve de su sitio.

—¿Eres tú, Satanás? Ven con papá.

¿Su gato se llama Satanás? Enciende una linterna e ilumina mi cara con ella.

—¿Quién eres tú? —me dice sorprendido.

El hombre se acerca y me coge del brazo con violencia. Abre la boca como para decirme algo, pero la vuelve a cerrar cuando Paloma le da una descarga eléctrica de su aparato de autodefensa personal. Se derrumba en el pavimento como una damisela en apuros.

—Mejor soltamos a Nahuel —digo temblorosa—. Y huyamos a tiempo.

El gordo entra y llama al flaco. Nos ocultamos tras el armario, donde vigilamos al hombre que parece una hamburguesa con patas.

—¿Mario? —repite.

«Aquí» masculla Paloma y ríe.

El hombre se acerca y Paloma lo electrocuta. Él cae a nuestros pies, inconsciente. Paloma y yo gritamos de alegría.

—¿Cielo? —dice algo atontado mi marido—, ¿qué pasó?

Me siento en su regazo y le doy un beso apasionado, no doy más, necesito sentir esa lengua germánica en mi interior con urgencia.

—¡Qué lindooo! —exclama Paloma—. Pero debemos irnos antes que los secuestradores se despierten.

Nahuel se levanta de golpe y yo termino en el suelo.

—¡Mi amor! —chilla y me ayuda a levantarme—, lo siento —se disculpa—, pero ¿de qué secuestradores habláis?

Paloma y yo nos miramos con cara de circunstancia.

—Esos —le indicamos con las manos.

Resulta que no son secuestradores, sino unos pobres infelices con quienes Nahuel se reunió días atrás para ofrecerles un acuerdo. El gordo tenía problemas de vista y en un descuido, colocó unas pastillas para dormir en lugar de azúcar en la taza de mi marido.

—Lo siento —les dije a ambos cuando se recuperaron.

Nahuel me da un sermón de los mil demonios en casa y me dice que tendré dos escoltas extras las veinticuatro horas del día para protegerme de mí misma. Paloma pasa por lo mismo en su casa.

—¡Podían haberte matado si fueran en verdad secuestradores!

—Ya lo entendí —mascullo cerca de sus labios—, señor Holmberg.

Me mira con expresión ladina.

—Me muero si algo le pasa, señorita Aguilera.

Unos lagrimones inoportunos ruedan por mis mejillas.

—También yo, señor Holmberg.

Aprieta mis rollitos con lascivia.

—Son odiosas —refunfuño, molesta.

Empieza a dibujar mi cuello con sus labios sin dejar de acariciar mis kilitos de más, aquellos que insisten en quedarse a pesar del yoga y el pilates.

—¿Siente cómo la tengo, señorita Aguilera?

Enorme y dura, lista para adentrarse en mí.

—Dos segundos me bastan para estar así.

Me quita el camisón Betty Boop que llevo puesto, que mal me cubría el cuerpo, según él.

—Quiero hacerle el amor, señorita Aguilera.

Muerdo su labio inferior al tiempo que meneo mis caderas con sensualidad sobre su erección palpitante.

—Quiero que me folle, señor Holmberg —le digo y lo paralizó.

Me mira desconcertado por unos segundos y luego con picardía.

—¿Me desea? —demando mientras él captura uno de mis pechos con su mano al tiempo que mete la otra entre mis piernas.

—Con toda el alma.

Me estremezco al sentir sus dedos en mi parte íntima.

—Está tan húmeda, señorita Aguilera.

Me aparto de golpe y me arrodillo entre sus piernas. Le quito el bóxer con mucha delicadeza y sin desviar la mirada de su rostro. Cojo su miembro con la mano y lo acaricio desde la raíz hasta la punta con verdadera adoración.

—Patricia —gime, entrecerrando los ojos y echando hacia atrás la cabeza.

Y después, en un movimiento, me inclino y lo meto en la boca. Nahuel dobla las piernas y arquea la espalda cuando el placer lo atraviesa como un rayo, en especial cuando succiono con fuerza la punta.

«Muy bien, hija» resuena la voz de mamá en mi cabeza y casi muerdo el pene de mi marido.

«Eso les gusta» apostilla mi abuela. Meneo la cabeza y las espanto de allí. ¡Por Dios!

—Cielo —susurra al borde del abismo—. Frena un poco o me correré en tu boca.

Me aparto y me siento sobre su erección. Lo absorbo por completo hasta el fondo. Gimo de placer. Nahuel me sujeta por las caderas cuando lo monto con fuerza y a toda prisa. Las caderas de mi marido responden a cada embate mío con el mismo frenesí. No hay elegancia ni sutileza en nuestro acto.

—Me vuelves loca —gimo.

Baja la cabeza y me rodea un pezón con la lengua. Se lo mete en la boca y lo succiona con fuerza.

—Patricia... —jadea sobre mi pecho.

Echo atrás la cabeza y chilló mientras él me clava la pelvis sin parar.

—¡Heinrich!

Abro mucho la boca mientras me sacudo contra él. El orgasmo lo golpea con una fuerza cegadora segundos después. Nos abrazamos con mucha fuerza.

—Mi vida —beso sus labios—. Casi me morí de tristeza estos días sin ti. No sabes la angustia que pasé, ni siquiera comí.

Me mira con atención y cierta picardía.

—Bueno, comí, pero no con placer —repongo.

Nos abrazamos y nos besamos como si no hubiera un mañana.

—Le amo, señorita Aguilera.

Le muerdo la barbilla.

—Señora Bollito —le corrijo y él se ríe a carcajadas.

Nahuel

Patricia y yo aceptamos la invitación de Paloma y Jonás para asistir al show de un famoso hipnotizador canadiense. Las niñas se quedan con sus abuelos. Mi hermosa mujer se pone un escotado vestido rojo, largo hasta los pies y yo el tradicional esmoquin. Será una velada elegante y repleta de personas importantes, según me comenta ella. En ese lapso, evocamos lo que pasó días atrás en la empresa. Patricia aparece en la sala de reuniones de un momento a otro, justo cuando yo exponía algo a los nuevos inversionistas por videollamada.

—Hola, señor Holmberg —dice con voz sensual a la vez que deja caer a sus pies el gabán negro que lleva puesto—, ¿qué le parece este disfraz?

Patricia está disfrazada de conejita Playboy. Se da la vuelta y menea con sensualidad su rabito ante la cámara que envía las imágenes a mis ochenta socios en Alemania. Además del rabito, tiene unas orejitas de conejo, medias de red negra y unos guantes de seda muy sensuales. En otra oportunidad, la hubiera hecho el amor en la mesa, pero en este momento...

—¿No le gusta, señor Holmberg? —pregunta y da unos pasos imitando a un conejo—, ¿no? —menea el rabito una vez más.

Alguien carraspea al otro lado de la pantalla y Patricia suelta un grito.

—Cielo, tengo una reunión online —le digo, arrebolado—, pero me encanta el disfraz —le sonrío con dulzura.

Ahora que me fijo mejor, veo la naricilla y los bigotes de conejo pintados en su preciosa carita. Ella se da la vuelta y se encuentra con la pantalla enorme donde aparecían mis socios.

—*Guten Tag* —saludan al unísono.

La miran con atención y Fischer con deseo. ¡Maldita sea! Ella levanta la mano y dice la frase clásica de Bugs Bunny antes de que me acerque y le tape con su gabán:

—¿Qué hay de nuevo, viejo?

Volvemos al presente riéndonos a carcajadas.

—Por fortuna me puse el maillot —comenta ella y dejo de reírme—, pensaba pintarme el cuerpo.

La miro con censura.

—¿Es broma!

—Claro.

—Basado en hechos reales...

Bajamos las escaleras rumbo al teatro. Cuando llegamos, nos encontramos con varias personas conocidas. Niego con la cabeza al ver el cartel.

—No creo en esas cosas, mi amor —digo resolutivo—, qué manera de gastar dinero en tonterías.

Patricia me dio un golpecito en el estómago.

—Lo importante es el bufé —me dice a modo de confidencia y me rio—. Apenas he comido por la tarde.

—¿Ensalada de zanahoria?

Se ríe.

—¿Qué hay de nuevo, viejo?

Entramos y nos acomodamos en nuestros asientos respectivos. Paloma se sienta al lado de Patricia con un vestido pink bastante llamativo. Cuchichean algo y se echan a reír. Todos posan sus ojos en ambas hasta que el hipnotizador aparece en el palco y se roba la atención de todos.

—Bienvenidos al show de esta noche —dice con voz misteriosa—, nadie nunca logró huir de mis hipnosis —advierde.

¡Vaya! ¡Es un petulante de lo peor! Me río sin querer y el hombre me mira con profundo desdén desde su sitio.

—¿No cree en mi técnica? —suelta el hombre al tiempo que baja las escaleras y se acerca a mí—, ¿tampoco cree en la historia?

¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? Antes de que pueda emitir mi inquietud, él posa sus manos sobre mi cabeza y dice algunas palabras que no comprendo.

—¡Ya! —grita tras mover mi cabeza con violencia.

No recuerdo nada más tras ello, ya que todo se oscurece de repente...

—¿Dónde estoy? —digo algo mareado—, Dios, ¡qué calor!

De pronto, veo a Patricia disfrazada de Cleopatra y a José de Marco Antonio versión Gaga. Abro la boca como para hablar, pero ambos se besan y casi trago la lengua ante el impacto.

—¿Qué está pasando? —digo en un tono bastante raro—, ¿yo era José en esta historia?

Ambos se vuelven de manera trepidante y me miran con asombro.

—¿Qué hace aquí ese sensual esclavo, José Antonio?

Enarco ambas cejas en un gesto involuntario.

—No lo sé, Patriopatra.

¿José Antonio? ¿Patriopatra? ¿En serio? ¿Qué está pasando? ¿Dónde estoy en realidad? Unos soldados vestidos de egipcios me cogen de los brazos y me obligan a que me arrodille frente a la Cleopatra con unos deliciosos kilitos de más.

—¡Arrodíllate, esclavo! —me grita uno de los soldados.

Miro hacia arriba al reconocer aquella voz y me encuentro con Jonás y Alana. ¿Qué hacen aquí? Paloma aparece con una bandeja de plata entre manos y una rama de olivo en la oreja derecha. Su túnica blanca me recuerda a las que han usado los poderosos romanos en la cinta: «El Gladiador».

—Bello, rubio y musculoso —dice Patricia tras echarme el ojo—, sin resaltar sus bellos ojos azules. ¿Desde cuándo un esclavo es tan atractivo?

José Antonio suelta un gritito muy gay cuando Patricia me quita las ropas y me deja completamente desnudo ante los ojos de su amante de turno. No satisfecha, me toca la parte íntima con mucha sensualidad.

—Diosss —gimo y ella sonrío.

José Antonio gira sobre sí mismo como una doncella en apuros.

—¡Es una cobra enorme!

—¿Qué tienes, José Antonio? —le pregunta ella algo sorprendida—, ¿por qué chillas como una mujer en pleno parto?

«Es gay» pienso.

Patricia me mira con deseo, clava sus ojos en mi parte íntima y cae rendida ante mis encantos. Me pongo muy serio. ¿O sea que la cobra en esta historia es la mía?

—Esclavo —me dice Patricia al tiempo que se quita las ropas.

Ella se reclina como para besarme.

—Cielo —le digo con los labios alargados.

Una fuerza centrífuga me transporta a otro sitio de golpe y de pronto soy... soy...

—¡Jack! —grita Patricia—, ¡el barco se hunde!

Miro mis atuendos con cara de póker. ¿En serio? ¿Somos Jack y Rose? ¿El escritor de esta patraña es consciente de que esa historia de amor no es verídica? Erik, versión hombre, aparece. Es el amigo pobre de Jack.

—Casi no te reconozco sin vestido —le digo y él me mira con estupor.

—El barco se hunde —me dice desesperado—, la gorda millonaria me ofreció un sitio en su barco y si quieres puedo empujarla para que tú y Rose podáis salvaros en esta versión.

Lo miro con horror.

—Mmm —me limito a decir.

José toca violín mientras Jonás, vestido de capitán, se mete a la cabina dispuesto a morir por su barco. Luego sale con Paloma y dice que no muere en esta versión. Corren como locos tras robar unos bocadillos.

Patricia me coge de la mano y corremos por todo el barco. Ella se tropieza y nos caemos patosamente en el pavimento. Nos levantamos y corremos hacia los barcos.

—Bollita, sé que moriré al final de la cinta —le digo con tristeza—, pero quiero que me prometas algo —me detengo y la miro con expresión seria—, que no te casarás con nadie y que no te acostarás con nadie hasta que la muerte llegue —evoco la piedra azul que genera todo ese dramón—, y vende esa piedra por ebay, ¡no la guardes por tantos años para lanzarla al mar! ¡Es ridículo!

—El corazón de una mujer... —dice con voz melosa, pero la interrumpo.

—No adelantes la cinta, Bollita.

La canción de la película empieza a sonar y sé al instante que pronto partiré de aquel set de filmación. José cambia la canción que toca por su tema favorito de todos los tiempos: Poker Face de Lady Gaga. Patricia y yo corremos hacia la punta del barco e imitamos la famosa escena romántica de Jack y Rose mientras todos gritan a nuestro alrededor. Luego nos alejamos para buscar salvavidas y algunos bombones.

—Jack, te amo —me dice—, el corazón de una mujer es un océano profundo de secretos —apostille y la beso con ardor—. ¡Oh, Jack! ¿Eso es tu salvavidas? —mira mi entrepierna.

—Para algo la tengo tan «vistosa», Rose.

Necesito enseñarle mi iceberg antes de morir. La fuerza centrífuga me transporta a otro sitio, a una época que no logro reconocer del todo. Miro mis ropas del siglo XVIII o XIX no estoy muy seguro al respecto, con fijeza.

—¿Qué hace aquí, señor Darcy? —me dice Patricia Bennet.

Pongo cara de petulante enfurruñado. ¿En serio? ¿Estoy metido en Orgullo y prejuicio?

—¿Patry?

Ella está hermosa con su vestido antaño y fuera de moda. Pongo cara de póker ante mi pensamiento prejuicioso.

—¿Qué quiere?

Me pongo pensativo. ¿Qué pasa en la película? ¡Caray! ¡No lo recuerdo! La miro con atención y sin meditarlo más, la beso con mucha pasión. Ella me empuja y me da una bofetada de muerte.

—¿Qué hace?

—La amo con toda el alma —le digo con ojos de cordero degollado—, no puedo vivir sin usted y el orgullo queda soterrado bajo este amor intenso que siento en mi ser.

Vaya, incluso Shakespeare se habría sorprendido ante mi destreza lingüística. Patricia se lanza a mis brazos y me dice que me ama con locura y que me arrancará las ropas con los dientes tras el final del libro.

—Bollito Darcy, lo amo.

—Bollita Bennet, la amo, la amo...

—¡Hazme suya!

La maldita fuerza centrífuga me escupe a otra historia justo cuando los botones de mi camisa salen volando por los aires...

Cuando abro mis ojos, veo a Patricia bañada en sangre y con la mirada perdida. La miro con mucha atención y cierto temor. ¿Ella es? De pronto, empiezan a gritar con desesperación por el salón y sé al instante quién es mi mujer.

—¡Carrie!

Patricia me mira y sonrío con expresión ladina.

—¿Estás bien, mi amor? —me pregunta con su dulce voz—. Mataré unos cuantos compañeros del instituto y vuelvo a por ti —me da un beso bastante apasionado—, no veo la hora de quitarte ese traje pasado de moda...

Una voz masculina me devuelve al presente de golpe.

—Bienvenido, señor Holmberg.

El hombre es bueno, debo reconocerlo.

—Hice algunas modificaciones —se burla—, ¿le ha gustado?

Lo miro con asombro más que con admiración. Él dice algo y mueve mi cabeza con violencia.

—Listo.

¿Listo? ¿Qué quiere decir con eso? Sonrío con expresión diabólica antes de apartarse. Salimos del teatro rumbo al restaurante una hora después. Tengo hambre tras tantos viajes mentales.

—¿Qué pasó mientras dormías? —me pregunta Patricia.

Evoco mis viajes con una rara sensación en la boca.

—Estuve en sitios raros, viviendo ciertas historias.

Patricia sonrío y me da un beso.

—¿Estuve en ese viaje?

Me doy la vuelta y la estrecho entre mis brazos.

—Sí, porque ninguna historia sería igual sin ti, Bollita.

Esa noche mágica y rara, mientras duermo, tengo un sueño bastante extraño donde vuelvo a ser gordito como años atrás...

—Luke, soy tu padre —digo con una voz muy robótica—, mierda, ¿soy Darth Vader versión XL?

Patricia

Llegamos al paraíso del sexo con mi madre, mi abuela, Paloma y José. Necesitamos algunas cosas para la despedida de soltera de mi abuela de casi ochenta años, que se casará este fin de semana en la granja de la abuela de Nahuel. Después iremos a la modista a por los vestidos de frutas. Yo seré dama sandía. Nahuel llevará un traje verde de rayas, camisa roja y corbata con motas negras en forma de semilla de sandía. ¡Mi abuela es tan creativa! Aunque muy decente, podría haber elegido motivos más osados. Me imagino vestida de vagina y Nahuel de pene gigante.

—Hubiera sido genial —digo, risueña.

La fiesta estará repleta de damas manzanas, cerezas, duraznos, bananas y fresas.

—Oh —dice Paloma tras coger una caja—, ¿os imagináis a Jonás de Harry Potter porno? —prefiero no hacerlo—. ¡Harry Potter y el pene filosofal!

Nos carcajamos. Ni siquiera el brujito se salva de este mundo lujurioso.

—Incluye los anteojos, la varita mágica, aceite comestible y una capa —Paloma alza y baja las cejas de un modo muy jocoso—, el resto de la magia está en ti —acota y nos echamos a reír una vez más—. ¿La capa para qué serviría?

—Para taparse tras el orgasmo mágico —digo cavilosa.

Mi abuela se rasca la barbilla.

—¿Para hacerlo en algún lugar público? —matiza ella.

Paloma chasquea los dedos en el aire.

—¡Eso! La capa es para eso, ¡muy bien, abuela!

Mi abuela le guiña un ojo en señal de complicidad.

—Yo la usaría para eso —señala y mi sonrisa se congela—, menos, abu.

Mi madre coge una vela en forma de pene.

—¿Esto es para san pene o san orgasmo? —dice tras olerla—, huele a vainilla —enarca una ceja—. El verdadero no huele así...

Todos asentimos.

—No —decimos a coro.

—Pero si le pones aceite de vainilla —dice mi abuela y todos asentimos.

—Es delicioso —apostilla y nadie dice nada—, ñam... ñam...

La miro con asombro, a pesar de conocerla desde pequeña, sigue sorprendiéndome. José grita emocionado desde su sitio.

—¡Tienen el disfraz de Thor! —salta—. ¡El martillo es en forma de pene! —es un pene en forma de martillo—. ¡Vaya creatividad!

Paloma tiene un carrito repleto de cositas indecentes.

—¿Condón que brilla en la oscuridad? —digo al leer uno de los paquetitos.

Parpadea como una doncella en apuros.

—Mi alemán y yo solemos jugar a traga luciérnagas —comenta, risueña—, apagamos las luces y jugamos al escondite —lamiéndose los labios de un modo muy sensual—, cuando veo su pene fosforescente, largo y duro —pone los ojos en blanco— me postro a sus pies y lo chu...

—Menos información —le interrumpo.

—Chupo, lamo, succiono, mordisqueo y trago —me dice la muy zorra—, pero antes le doy zumo de piña.

—¿Para qué?

Ella ladea la cabeza y me enseña un pene. Lo lame con lujuria y simula que está tragando algo.

—Ah, para eso.

La dueña del local nos mira con ojos divertidos. Solemos venir a menudo por aquí. Las mujeres Aguilera tenemos incluso tarjeta Premium y unos descuentos deliciosos.

—Algún día —dice mamá con un enorme pene de goma entre manos—, debemos traer a nuestros machos alfas aquí —todos la miramos con estupor—, ¿qué?

Niego con la cabeza.

—Nada, ma.

José prueba unos sujetadores muy llamativos. Me imagino la cara de Nahuel ante tal escena.

—¡Tengo tetas! —salta—. ¡Soy una mujer! —el sujetador se desprende y se cae al suelo—, ya no lo soy —repone entristecido y nos carcajamos de su expresión.

Me recuerda a Pinocho de Shreck cuando se transforma en un niño y luego vuelve a ser un muñeco de madera. ¡Amo Shreck! Los cuentos de jadas son aburridos tras él. Paloma me enseña algo bastante grotesco.

—¿Es una vagina portátil? —digo medio pasmada—. Dios mío...

—Tu marido tiene una —me recuerda la muy desgraciada—, la compraste aquí —me guiña un ojo.

Le digo que el ojo malvado la castigará y se echa a reír.

—¿De qué estás hablando, Willis?

Nahuel tiene una personalizada para cuando viaja. Mi foto se encuentra en el envase. Y yo tengo un consolador con su carita en la parte de las pelotas. Una carita de asombro, la que imaginé que pondría entre dos pelotas.

—Soy un genio.

La enciendo y observamos los movimientos que realiza. José mete un pene de goma en ella.

—Hala.

Mi madre nos enseña un anillo vibrador.

—Una vez le puse esto a tu padre.

Quiero ser sorda en estos momentos.

—Tras venderle los ojos y esposarle a la cama —esboza una sonrisa y yo tapo mi cara con ambas manos—, verlo gemir mientras me limitaba a mirarlo fue tan excitante...

—¡Ma! —exclamo—, ¡menos detalles!

José revisa unas gomas orgásmicas en forma de pene. Coge una y la mira con atención.

—Me recuerda al chico con quien salí en el pasado —nos mira con tristeza—, lo tenía tan... tan... tan... ¿diminuto?

Paloma se persigna y nosotras soltamos un jadeo de indignación.

—Pero ¿qué le dijiste? —resopla Paloma con un pene apuntando en su dirección—. Este momento merece el himno del pene...

José ronronea la canción Judas de Lady Gaga y empieza a bailar como un robot que

acaba de llegar al orgasmo. Es la danza que ensayamos para la boda, días atrás. Paloma y yo le seguimos el paso.

—¡No! ¡Eso nunca! —gira sobre sí mismo de un modo muy jocoso—, ¡jamás!

—¿Qué le has dicho? —pregunto con un pene enorme entre manos.

José lleva sus manos a su boca y mira con adoración el pene que le enseño.

—Oh, mi madre, ¡qué pedazo de pene! —dice alargando los labios—, es enorme y tan duro —acota—, muero por probarlo y meterlo en mi...

—¡En mi centro de deseo! —exclamamos con Paloma.

Mi abuela se acerca con un pene negro de goma entre manos.

—Tu pene es el sueño de toda mujer —dice mi madre.

—Tu pene es el protagonista de mis fantasías —chilla Paloma—. ¡El héroe de mi cama!

Cojo un vibrador de la estantería, no me resisto ante el poema ordinario que dedicamos al señor de los deseos femeninos. ¡Al señor pene!

—Tu pene es colosal —digo con voz sensual—, vibrante y perfecto —pulso el botón del vibrador—. ¡Me enloquece de pasión!

—¡Es tremendo! —chilla mamá con un muñeco inflable entre manos—, ¡me hace vibrar el clítoris hasta el clímax!

Golpeamos nuestros penes en el aire.

—¡Tu pene negro, largo y grueso me marea! ¡Me embruja y me hace gritar de placer! —exclama mi abuela y todas gemimos—. ¿Qué? —no escucha muy bien—, acaba en mi boca y grita mi nombre de una puñetera vez —yo quiero ser sorda en estos momentos.

Nos ponemos en posición de «Ángeles de Charlie», Mamá, Paloma y yo nos arrodillamos frente a mi abuela y José y decimos a coro:

—¡Tu pene enardece el centro de nuestros deseos!

Nos aplaudimos. ¡Somos buenas y locas!



Por la noche, en la casa de mamá, realizamos la fiesta de despedida de soltera de mi abuela con las nietas y las hijas degeneradas.

—¡Por abuela! —grita mi prima Mónica.

Todas llevamos vestidos de novia y unas tiaras con un pene en el centro que cambia de color. ¡Es la leche con leche!

—¡Por abuela!

Hicimos un ruido muy similar a los que hacen los indios alrededor de una fogata. Pero en este caso, es alrededor de una tarta de diez kilos de chocolate en forma de pene.

—¡Baile del pene! —les digo—. ¡Yeahhh!

Mi madre levanta su botella en forma de pene y grita:

—¿Qué somos?

—¡Mujeres! —contestamos todas.

—¿Y qué queremos?

Levantamos los penes de goma sobre nuestras cabezas.

—¡Penes! —contestamos al son de: *We will rock you* de Queen—. ¡Penes! —aplaudimos y cantamos aquella inolvidable canción.

¡Madre mía! ¡Somos unas depravadas cuando estamos juntas! Bueno, también en solitario. Mi abuela se sienta en el sofá en forma de pene que le hemos preparado.

—¡Tu pene es tan hermoso! —dice mi madre con efusión—. ¡Oh, por Dios! ¡Tu pene es enorme! ¡Colosal y sensual!

Todas aplauden al son de Queen. Digamos que es la versión de las «Locas Aguileras».

—¡Tu pene es un cañón! —digo meneando las caderas—. Y cuando se detona, ¡menudo mogollón!

—¡Tu pene es tan potente y me hace estremecer! —chilla mi tía—. ¡Qué potente lo tienes! —simula un orgasmo.

Todas soltamos un jadeo de placer y lamemos la cabeza del pene de goma al mismo tiempo.

—¡Tu pene es tan duro! —vocea mi prima Valentina con un pene azul entre las manos—, ¡el más largo y delicioso seguro!

Giramos al mismo compás y damos unos saltitos imitando a un conejito.

—¡Los más exquisitos! —tronamos a coro—. ¡Y embriagadores del universo entero!

Levantamos los artefactos indecentes y lo mecemos al ritmo de la canción.

—¡No cabe aquí! —repetimos al tiempo que metemos los penes de goma en la boca—, ¡no cabe aquí! —bajamos los mismos en el centro de las piernas— ¡no cabe aquí! —meneamos los culos.

—¡Con lubricante sí! —grito y todas me miran con atención—, ¡gran dolor y luego gran explosión!

—¡Sí! —chillan todas.

—Cameron Diaz es nuestra inspiración —dice Paloma con la respiración entrecortada—. Amo su himno al pene.

Mi abuela lame con apetencia la paleta en forme de pene que le dimos.

—¡Alguien cogerá este ramo especial! —vocifero—. ¡Las solteras en primera fila!

En mi familia siempre hay solteras desesperadas.

—¡Lanza! —grita José—, ¡quiero casarme con Andrew!

Mi abuela pide su música favorita y Satisfaction empieza a sonar.

—¡Uhhh! —decimos y la bailamos como unas locas poseídas por el diablo.

José coge el ramo y mis primas lo persiguen por toda la sala. Paloma y yo hacemos unos movimientos bien sincronizados. Mi madre trae la silla de rueda de mi abuela y la hace sentar en ella.

—¡El tren de las novias depravadas!

Mi abuela mueve un pene verde fosforescente en el aire y todas nos ponemos tras mi madre para el trencito de la depravación de las Aguilera. Ángela apaga la luz central y la bola de luces ilumina el lugar con varios colores como los penes que llevamos en la tiara.

—¡Enhorabuena, abu! —gritamos todos.

No conforme, salimos a la calle y hacemos un recorrido por todo el barrio. José tiene una radio en el hombro y la canción Thriller de Michael Jackson empieza a sonar a todo volumen. Paloma y yo enloquecemos al oír a nuestro rey. Todas imitamos los pasos a la perfección. Mi abuela se levanta de la silla y baila con nosotros, bueno, lo intenta. Le doy un beso con lágrimas en los ojos.

—Te amo, abuela —le digo y ella me abraza—, ¡viva la abuela!

Todas levantan sus penes y gritan.

—¡Vivaaa!

Al día siguiente, mientras preparo algo para Nahuel, mis hijas gritan eufóricas:

—¡Mami! ¡Mami!

Nahuel y yo corremos a la sala al oírlas. Miro estupefacta la pantalla del portátil de mis hijas.

—¡Estás en YouTube, mami!

Nahuel deja caer su mandíbula al suelo al verme vestida de novia con una tiara de pene y un pene de goma en las manos.

—Bueno, somos famosas —le digo y él me mira con asombro—, no protestaste cuando te cabalgué con ese vestido de novia anoche.

Se echa a reír y al final, me río con él mientras nuestras hijas imitan los pasos de Thriller. ¡Son mis hijas! Sin lugar a duda... Miro la pantalla fijamente por unos segundos, imaginándome en el papel de mi madre dentro de unos años y mis gemelas en el mío.

—¡Dios mío! —chillo y me desmayo.

Nahuel

Patricia aparece en la cocina con un vestido negro muy corto y ajustado. Gimotea y luego se suena la nariz con fuerza contra un pañuelo. Niega con la cabeza a la vez que sonrío de oreja a oreja. ¡Mi esposa es todo un personaje!

—¿Aún estás de luto, mi amor?

Ella asiente con una profunda pena en la cara.

—¡Ya quítate esa ropa negra! —le digo y ella niega con la cabeza sin abandonar su deje triste.

Se echa una mirada.

—El negro es el color de mi alma en estos momentos —dice con una voz muy dramática—, y además me adelgaza unos kilos.

Patricia está de luto tras asesinar a la dieta de la manzana a bombonazos. Devoró una caja entera de bombones mientras veía su novela turca con Frank.

—Debo autoflagelarme por ser tan débil, Nahuel.

Le enseño una caja de bombones suizos que le traje de mi último viaje. En sus ojos aparecen unos corazoncitos y de su boca sale un gemido de placer intenso.

—Y el consuelo al fin llegó —me dice y coge la caja con descaro—, ah, esto es para ti, Bollito mío.

Observo con cara de espanto la invitación que me alarga mi mujer. Es para la despedida de soltero del futuro marido de su abuela. Un hombre de setenta años bastante jovial para su edad. Patricia me habla de la fiesta que sus primos de Nueva York están preparando para el futuro nonno.

—Ah —digo mientras leo la tarjeta un tanto pintoresca.

Evoco la despedida de soltera de la abuela y me estremezco. Sus primos me dan miedo, en realidad toda su familia. Pero es un secreto a voces o algo así.

—No iré —suelto tajante y mi esposa me fulmina con la mirada—. No me mires así —espeto y su ceño se frunce aún más.

Acabamos de hacer el amor con cierto salvajismo sobre la mesa de mármol de la cocina, aprovechando la paz que nos otorgan nuestras hijas por estas horas de la madrugada. Patricia limpia la mesa con un líquido especial mientras yo preparo algo para comer. Después del sexo, me apetece comer algo salado, ya que lo dulce acabo de devorar.

—Desprecias a mi familia —empieza y no para hasta que termino mi bocadillo de atún—. Te da vergüenza —insiste—. Nunca esperé eso de ti —sigue con la voz llorosa—, ¡no me lo esperaba eso de ti Mario Alejandro! —la miro con desconcierto. —¿Y ese quién es?

—Perdona, usé la táctica de María Concepción en la novela y me olvidé anular la última parte.

Me echo a reír a carcajadas. ¡Es única!

—¿Irás?

—No iré —le digo.

Ella se arrodilla entre mis piernas y coge mi miembro de mis pantalones con la mano mientras sus ojos me miran con melosidad. ¡Es chantaje sexual y emocional en su estado más puro y duro!

—Está bieeen —jadeo tras el delicioso orgasmo.

No es justo, ella sabe cuáles son mis puntos débiles y los usa con alevosía en mi contra.

—Te amo —me dice y me derrito.

La miro con los ojos achicados.

—Manipuladora —ronroneo.

—¿De qué estás hablando, Mario Alejandro?

—Mmm.

Lavo los platos y los vasos refunfuñando mentalmente. Tras ello, vuelvo a follar a mi mujer sobre la mesa sin elegancia ni sutileza. ¡Me vuelve loco!



Jonás y Alana también recibieron sus invitaciones “pletóricas” correspondientes.

—Debemos irnos —dice Jonás—. Seguro será muy divertido.

Los primos de Patricia son muy divertidos, supongo. Toda la familia lo es. No niego que necesito unos tragos para relajarme de estos días tan pesados en la empresa.

—¿Les busco? —nos dice Alana y nos limitamos a asentir.

Al día siguiente, llegamos al lugar con puntualidad, como buenos alemanes que somos. Madonna asalta el bar donde realizan la fiesta.

—*Material girl* —suelta Alana y le dirigimos una mirada curiosa—. También os gusta —dice y sonríe con malicia—. Es una fiesta gay.

¿Qué? ¡No! Los primos de Patricia son machos alfas que eructan cada vez que toman Coca cola light. Al menos así los imagino, aunque, no sé por qué lo hago.

«¡Desprecias a mi familia, Mario Alejandro!» suena en mi cabeza la voz de Patricia. «Sin comentarios».

Entramos y miramos horrorizados a dos hombres de tanga deslizándose por unos caños.

—¡Madre mía! —exclamo—. ¡Es una auténtica fiesta gay!

Jonás y yo nos abrazamos. Alana se pone delante de ambos y graba nuestras caras de horror con su móvil muerta de la risa.

—¿Qué carajo hacemos aquí? —decimos despavoridos como si estuviéramos en la serie *The Walking Dead* entre zombis hambrientos.

Todos se vuelven y nos miran con... nos miran con... con avidez, como unos perros

hambrientos mirarían un buen trozo de carne.

—¡Holaaaa! —saluda José, con su peculiar alegría.

Intenta besarnos, pero nos limitamos a pasarle la mano. Soltamos un gemido al ver los culos de aquellos hombres que menean las caderas de un modo muy, pero que muy «inquietante».

—¡Holaaa, primooo! —saluda alguien—. ¿Te acuerdas de mí?

Con vestido no, quise decirle, pero me limito a asentir.

—Sí, Jorge.

Los primos de Patricia nos miran con deseo, como si fuéramos unos enormes penes rosados. Las cosas como son y sin tantos rodeos.

—¡Hola, primito! —saluda Sergio.

Cuando los conocí eran machos alfas, pero por lo visto por las noches se transforman en grandes mariposas. Pelucas, vestidos ajustados, zapatos de tacón y maquillaje. Alana los saluda con besitos y me guiña un ojo.

—Son más feos que los personajes de Big Bang en vestidos —me dice en alemán—, doy gracias a Dios por ser rico y guapo —sonríe con cinismo—, ¡me encanta tu vestido! —me mira—, al menos tiene buen gusto y un dulce corazón.

Enarco una ceja algo perplejo. Jonás mira horrorizado a los presentes.

—No se me armaría, aunque mi vida dependiera de ello —susurra.

—Ni dopado —replico.

Tragamos con fuerza y mantenemos las cabezas gachas todo el tiempo, como unos prisioneros de guerra. Jorge nos lleva a una mesa, y nos ofrece unas copas muy exóticas.

—Chúpame los huevos, lámeme el culo o méteme donde quieras —dice y lo miramos con estupor—. ¡Son los nombres de las bebidas, tontitos!

El mesero, semidesnudo, nos echa el ojo. Prefiero una descarga eléctrica en mis pelotas a tener que imaginarme lo que ese individuo está pensando.

—Agua —dice Jonás.

—¡Nooo! —protesta William—, beberéis lame la puntita con un poco de descaro —dice—, aquí tenéis.

Cogemos las copas con manos temblorosas y pelotas encogidas.

—El futuro abuelo de Patricia la está pasando bomba —me dice Jonás y me indica con la mirada hacia un rincón.

—Oh —digo al verlo con una mujer o un ex hombre, no estoy muy seguro al respecto —, se despedirá de su masculinidad —pienso.

Jonás se come las uñas y yo me rasco la cabeza con nerviosismo.

—Está exquisito —resalta Alana tras beber su copa—. Lámeme el culo y goza dentro —lee la etiqueta de su copa rosa—. Ahora estoy excitada —enarca ambas cejas—, quiero que laman mi...

—¡Para! —le decimos ambos con desesperación y ella se echa a reír—, ¡joder!

Bebimos para relajarnos un poco. Pedimos más y tras el tercer trago, Boy George usurpa nuestros cuerpos. Empezamos a reírnos como locos y a silbar a los strippers como si fueran unas bellas y sexis mujeres.

—¡Mi Cher interior acaba de aflorar! —chilla Jonás.

Se sube al palco y se quita la camisa negra de un tirón, como un stripper profesional. Todos gritan y piden más. Mi primo baila con mucha sensualidad por el caño de metal.

—¡Nahuel! ¡Nahuel! ¡Nahuel! —claman a voz en cuello los presentes y la adrenalina

doma mi timidez.

Me levanto de un salto y subo al palco dispuesto a enseñarles cómo se baila. Me desabrocho cada botón con mucho erotismo mientras todos gritan eufóricos.

—¡Mi amor! —chillan y me animo a más.

Jonás y yo meneamos las caderas.

—¿Queréis más? —grita Alana, nuestro chulo.

—¡Sííí!



No recuerdo cómo, ni qué hora llegué a mi casa. Pero me pasé vomitando toda la madrugada. Le expliqué a mi mujer que sus primos nos drogaron y ella me dijo que ellos eran así. No los defendió cómo pensé que lo haría.

—Tranquilo, mi amor —me dice y vuelvo a vomitar al despertarme.

Me quito las ropas para ducharme tras evacuar mi estómago.

—¿No llevaste tu ropa interior? —demanda Patricia, y pongo los ojos como platos.

—No recuerdo —le digo asustado—, nada, no recuerdo nada...

Jonás tampoco llegó con su ropa íntima, es un misterio que nunca podremos resolver.

—No ha pasado nada —digo sin mucha convicción.

Jonás enarca las cejas en un gesto de desconfianza.

—¿Os duele el culo? —suelta Alana y los dos resoplamos con indignación.

—¡Nooo! —exclamamos como unos machos alfa resentidos.

—Entonces seguís invictos —dice ella—, aunque...

—¿Qué? —decimos ambos con cierta exasperación y con un tono muy sospechoso —, ¿qué? —repetimos, pero con más virilidad.

—Tal vez solo —hizo un gesto obscuro con la mano—, ya sabéis —movió el moflete como si tuviera algo dentro—, os chuparon —nos aclara y soltamos otro gritito bastante discutible.

Patricia sale de la casa con el móvil entre las manos y una cara de asombro que detiene mi corazón por unos segundos.

—¡Estáis en YouTube!

Casi tengo un infarto y mi primo igual.

—¡¿Was?! —chillamos monocorde y con las caras enrojecidas como unos tomates a punto de ir a la cacerola.

Patricia nos enseña el vídeo donde aparecemos bailando con sensualidad, sin camisa y sin dignidad.

—¡Nooo! —clamamos con las mejillas ruborizadas y la vergüenza estampada en

nuestras caras.

De pronto llegan unos hombres con un caño de metal.

—¿Qué es esto, Bollita?

Ella me guiña un ojo en señal de complicidad.

—Tras ver este vídeo unas mil veces —me dice con voz sensual—, decidí instalar un caño en la habitación.

La miro con una expresión que no sé muy bien cómo definir con palabras exactas. Es como si acabara de bajar la blusa frente a esos hombres.

—Por aquí —les dice y decido seguirla tras mi último pensamiento.

Protesto durante toda la noche, le sigo que no haré ningún baile del caño. Pero cuando ella lo hace, cambio de idea en menos de cinco minutos.

—¡Así, mi amor! —grito desde el sofá—, ¡mueve ese lindo y voluptuoso cuerpo para mí!

Patricia pierde el equilibrio y termina sentada en el piso. Se levanta y sigue con el show particular. Aplaudo antes de acercarme y arrancarle el tanga de Betty Boop y hacerle el amor allí mismo, por el caño.

—¡Bollito! —grita cuando la hago tocar el cielo.

De pronto, unas imágenes asaltan mi cabeza. Jonás y yo cogemos nuestros vaqueros y salimos disparados del bar hacia el aparcamiento. Los primos de Patricia y sus amigos corren tras nosotros con las bocas muy abiertas. Nos metemos en el coche y trancamos las puertas. Ellos golpean las ventanillas con las manos. Me siento como un famoso perseguido por sus fans. Pero no soy famoso por cantar o actuar, sino por tener... ya sabéis.

—¡Me desnudé para ellos! —grito con ardor y trato de arrancar—, ¡y tú también!

Es como dar un trozo de carne a un león con la mano.

—Ahora sé por qué no tenía ropa interior —me digo al volver al presente mientras Patricia se arrodilla delante de mí—, ¡gracias a Dios no fue por otra cosa!

Y entonces, Patricia me hace olvidar incluso el nombre.

Patricia

Raquel y Charlotte han llegado ayer por la tarde para la boda de mi abuela. Mi nieta postiza tiene quince años y mide metro ochenta. Es tan alta como la madre y yo. ¡Es toda una mujer! Pero su abuelo no la ve como tal e incluso le regala una muñeca, la misma que ha comprado para sus hijas, que tampoco ya quieren jugar a las muñecas. Mi Bollito se enfurece y despotrica en alemán ante el rechazo de sus regalos un pelín infantiles.

—Papi —le dice Leticia en tono dulce—, ya no somos niñas —se da la vuelta sobre sí misma—, somos mujeres a punto de encontrar el amor de nuestras vidas.

Los ojos de mi marido se agrandan tanto que casi salen volando de sus órbitas.

—Abuela nos dijo —continúa Alicia—, más vale un novio ahora que un marido a los cuarenta.

Eso me suena muy familiar.

—Tranquilo, Bollito —le digo y le doy un beso de consuelo—, yo me casé casi a los cuarenta —enarca una ceja—, algunas cosas suelen repetirse.

Por la tarde, Raquel recibe la visita de un antiguo novio de la escuela. Conversan animadamente mientras yo los vigilo para que no hagan cosas que no deben hacer. Ella me mira y yo le guiño un ojo en señal de complicidad. Su boca posa en la de él y suelto:

—¡Raquel! —ambos me miran con asombro—, inclina la cabeza —le aconsejo con ambos pulgares arriba.

Frank se pone tras mí y me dice que debe aspirar el salón. Yo lo miro con atención y le digo que ya hay mucha succión en esa habitación. Él sonríe con picardía y yo le explico que Raquel está aprendiendo a controlar sus hormonas. Que a los quince el cuerpo reclama lo que no debe reclamar hasta los dieciocho años. Le doy un golpecito en el abdomen ante su silencio inusual.

—Nahuel me matará si sabe que yo le ando dando consejos a su nieta sobre cómo besar a un chico para volverlo loco.

Frank carraspea nervioso.

—¡Vaya! —le digo al palpar su abdomen plano—, esa faja moldeadora Marvel hace maravillas.

Vuelve a carraspear y sé al instante que el hombre que se encuentra tras mí no es mi mayordomo, sino...

—¡Patricia!

Mi marido. Salgo corriendo y él me persigue por el pasillo despotricando en alemán. Me detengo y le digo si puede usar el traductor porque aún me cuesta comprenderlo. Se enfurece todavía más.

—¡No quiero ser bisabuelo a los sesenta años!

Me detengo en mitad de la escalera.

—Tal vez lo seas antes —señalo y me echo a correr.

Mi marido me coge del brazo y me mira con una expresión muy seria. Trago con fuerza.

—Hablo en serio, señorita Aguilera.

Cuando me llama así o es porque está muy enfadado o excitado. Miro su entrepierna para cerciorarme y compruebo que no está cachondo, precisamente.

—Bollito —le digo con voz implorante—, no debes preocuparte con esas cosas — me mira con indignación—, mira lo que le pasó al gerente de la empresa —ladea la cabeza—. La vida es un instante...

Herbert murió mientras tenía relaciones con dos hombres en un conocido hotel de la ciudad. Ante todos era un hombre de familia, respetable y macho alfa, pero a escondidas de todos era una dulce doncella en apuros, al menos eso me pareció en el vídeo que vi de él.

—Bollita —me dice antes de sentarse en el sofá—, el tiempo no perdona.

Me arrodillo entre sus piernas y lo miro con ojos de cordero en celo. Pega una risotada que me hace reír también. Al final, hacemos el amor y nos relajamos un poco.

—Aún no puedo creer lo que pasó en el velorio —me dice mientras yo me acomodaba sobre su pecho.

El recuerdo me hace sonreír...

—Me lastimé el dedo jugando con mis hijas —dije al enseñarle mi dedo a una mujer —, al menos Herbert ya no sentirá dolores en el más allá. ¡Tiene suerte el condenado!

Nahuel casi se atraganta con el café.

—Mi amor, ella es la viuda.

Me sonrojo como un tomate y le pido a Nahuel para mudarnos de sitio.

—Qué papelón...

Mi marido está tan guapo con sus ropas negras y su pelo rapado. Me mira con expresión socarrona y me pide que no lo mire con tanta intensidad. Es imposible, le digo y le acaricio la cara. Tiene cincuenta y cinco años, pero no los aparenta. La buena vida, la alimentación sana, el amor y los buenos polvos hacen maravilla.

—Eres tan sensual —le digo con voz insinuante.

Él carraspea.

—Te haría el amor hasta dejarte muerto.

Miro el ataúd.

—Que en paz descanse —susurro—, al menos murió feliz —me burlo—, en plena acción...

—Patricia...

Una mujer mayor se sienta a mi lado y se suena la nariz con fuerza. Nahuel la mira con pesar y yo con curiosidad. Lloro, pero su cara no es de una mujer triste, sino de una alegre.

—Es la reina del Botox —susurro y Nahuel me mira con elocuencia.

Bebo mi café concentrada en el ataúd negro y en las lujosas coronas de flores que rodean el mismo.

—Se gastaron mucha pasta por este desgraciado —suelto en un acto reflejo.

La mujer me mira con estupor.

—Era un desgraciado que engañaba a su mujer con hombre —le digo como si la conociera de toda la vida.

Nahuel refunfuña unas palabras que no consigo comprender. Se levanta y me pide que lo acompañe.

—Cielo —murmura cerca de mi oído—, ella es la madre de Herbert.

Pego un respingo y choco contra el ataúd, que pierde el equilibrio y termina en el

suelo. Los encargados de la funeraria se acercan a toda prisa y lo levantan. Herbert está de espaldas y ante la impresión, doy un paso atrás y derrumbo algo. Todos gritan cuando una vela cae justo en el trasero del muerto. ¡Incluso tras la muerte quiere jugar! Nahuel me mira con cara de pocos amigos antes de cogerme del brazo y marcharnos del lugar.

Volvemos al presente muertos de la risa.

—Contigo nunca me aburro, Bollita.

La vida a mi lado es un eterno desastre a la vista.

—Te amo tanto, Patricia.

Le doy un beso.

—Y yo a ti, Heinrich.

Él se precipita sobre mí y me hace gritar de placer tras taparme la boca con la mano. No queremos dar mal ejemplo a nadie.



Al día siguiente, me miro al espejo horrorizada al verme con mi vestido verde estilo años 40 con pequeñas semillitas de sandía y con un escote muy llamativo en tojo en la parte del corpiño. Nahuel aparece tras mí y ambos nos miramos con asombro.

—Somos dos sandías gigantes —decimos al unísono.

Su traje verde, su camisa roja con semillitas y su corbata con dibujos de pequeñas rebanadas de sandía me hacen soltar un gemido de estupor.

—¡Mami! ¡Papi! —dicen mis pequeñas fresitas—, mira que chulas nos vemos — giran sobre sí mismas.

Mis princesas llevan un vestido rojo con la falda de tul y las semillitas de la fresa repartidas en ella. En el pecho tienen unos detalles en verde y en las cabezas unas horquillas en forma de fresitas. Eso sin mencionar sus bailarinas rojas con fresas en la parte delantera.

—¡Nos vemos! —dicen ambas cuando papá les llama desde la sala.

—¡Las amo!

—¡Nosotras también!

—¡Portaos bien!

Lo único que escucho es un portazo.

—Mmm...

Nahuel y yo decidimos viajar con un viejo escarabajo descapotable que ha comprado días atrás. Pero en mitad de camino el muy desgraciado, el coche, deja de

funcionar. Nahuel revisa el motor.

—Dios mío —dice anonadado.

Me acerco y miro el motor.

—¿Es grave, Bollito?

Él me mira con ojos ensombrecidos.

—No tengo ni la más mínima idea, Bollito.

Es un empresario bien sucedido, tiene doctorado y maestría, pero no entiende nada de coches. Miro mi reloj en forma de sandía y abro mucho los ojos al ver la hora.

—¡Se nos hace tarde!

Subimos el capó del coche y salimos corriendo hacia la parada de autobús. Todos nos miran y murmuran risueños al ver nuestros atuendos. En lugar de molestarnos, empezamos a bailar la Tarantella. Nuestras hijas siempre lo hacen cuando se meten en algún lío. Las personas nos aplauden y silban.

—No moriremos de hambre, Bollito.

Un local donde venden bollos y churros nos llama la atención. Nos miramos con picardía y tras un guiño de ojo, nos enfilamos hasta el paraíso. Comemos unos bollos deliciosos y nos marchamos a la granja con la panza llena. Ya conocéis el dicho: a barriga llena, corazón contento.

—Faltan unos kilómetros —me dice al bajar en la parada de autobús.

Miro mis zapatos verdes de tacón con ojos interrogantes.

—¿Cuántos, Bollito?

Me mira de reojo con una sonrisa socarrona.

—Unos siete kilómetros.

Suelto un gruñido al nivel de Shreck y luego grito:

—¡Ey, tú!

Un hombre con una bicicleta antigua frena de golpe. Me acerco a él y le ofrezco mil euros por ella. Él prácticamente la lanza a mis pies antes de coger el cheque que le alarga mi marido.

—¡Vámonos, Bollito!

Levanto la falda de mi vestido y me acomodo en el asiento trasero. ¡Es uno de los paseos más hermosos y divertidos de toda mi vida! Nunca me reí tanto de las ocurrencias de Nahuel y de los baches. Cuando llegamos a la granja, observamos horrorizados la huida de mi abuela con su silla eléctrica. Toda mi familia la sigue. Es tan raro ver a unas mujeres frutas tras una novia de ochenta años en fuga. En eso vemos a Paloma y a Jonás en una vespa registrando todo con una videocámara.

—Están locos —digo y Nahuel asiente sin abandonar su deje de pura perplejidad.

Niego con la cabeza sin lograr dar crédito a lo que estamos viendo. Nos miramos con asombro. ¿Y ahora qué pasa con mi nonna?

—¡Amore mío! —grita el pobre novio.

Mis primos, que también llevan unos vestiditos muy llamativos, empujan la silla de ruedas del novio gritando como unas locas. Mis hijas y Leo empiezan a desfilar con la cestita de los anillos entre manos. Las personas colocan monedas en ella.

—Están haciendo apuestas ilegales de sillas de ruedas —me aclara Nahuel—, son tus hijas —puntualiza y le doy un golpecito en el brazo.

Mis hijas son terribles. Al menos de hambre no morirán jamás.

—¡Maaa! —grita mi madre tras la suya con sus zapatos de tacón en manos—, ¿por

qué huyes?

Mi abuela no se detiene.

—¡Tiene problemas de erección! —grita mi abuela—, ¿qué haré con un hombre impotente? ¡Quiero sexo hasta el último día de mi vida!

Siento cómo se me suben los colores de las mejillas.

—Mmm —ronroneo, incapaz de decir nada más.

—Mmm —ronronea Nahuel.

Nos acercamos a la iglesia en dos zancadas y miramos horrorizados a nuestras hijas y a Leo que están contando sus monedas con el símbolo del euro en los ojos. ¿Por quién salieron tan codiciosas?

—Faltan los de aquella fila —les dice la abuela de Nahuel.

—Mmm —musito y Nahuel también.

—¡Tengo lengua y dedos! —grita mi futuro abuelo—, y te compré la colección de consoladores Marvel para ti, mi amor y también los de DC!

Mi abuela frena de golpe y gira su silla con maestría. Abre sus ojos y sonrío ampliamente antes de retornar.

—El amor es maravilloso —gritan mis primos—, ¡y el orgasmo también!

—¡Es la mejor boda de mi vida, abuelo! —grita Raquel—, hola —saluda a mi sobrino Gianluca, que tiene cierto sobrepeso—, me llamo Raquel.

El amor está en el aire, sin lugar a duda.

—Raquel —dice Nahuel, pero lo empello.

—No seas aguafiestas, Bollito.

—¡Os declaro marido y mujer! —dice mi ex pretendiente cura desde la puerta de la iglesia—, puedes follar a la novia —suelta y todos lo miramos con desconcierto—, besar —se corrige—, creo que mi crisis ha retornado...

Tras la ceremonia alocada, nos dirigimos a la granja para el banquete. Mis hijas me dicen que ganaron más de ochenta euros con la apuesta de carreras de sillas de ruedas. Soy incapaz de mirarlas con reproche, porque siento un orgullo tan grande por ellas que mi cara me delata.

—Deja de mirarlas así, Bollita —me dice Nahuel.

—Tú eras así —le dice su abuela—, ¿ya no lo recuerdas, Ricitos de oro?

—¿Ricitos de oro? —dicen mis hijas—, ¡aggg!

—Menos, Oma —le reprende, rojo como un tomate.

—Tío rico —me burlo y él se echa a reír.

Y entonces, de la nada, mi tía Úrsula lanza su postre a la cara de mi madre, que iracunda, lanza el suyo a la de ella. Antes de que pudiera asimilar lo sucedido, alguien me lanza un trozo de pudín a la cara.

—¡Guerra de comidas! —gritan mis primos y se arma la gorda.

Las comidas vuelan por los aires y algunos aterrizan en mi boca sin querer. Es el momento más delicioso y etéreo de la boda hasta que...

—¡Tiene una erección! —grita mi abuela—, ¡debemos marcharnos!

Mi nuevo abuelo se sienta en su regazo y salen disparados hacia la casa.

—¡Viva los novios! —gritan mis primos y los persiguen—, ¡lanza el ramo, abuela!

Nahuel y yo, que tenemos las caras manchadas de comidas diversas, los observamos boquiabiertos.

—¡Viva los novios! —grita mi madre.

—¡Vivaaa! —decimos todos.

Y así es la vida de los locos Aguilera, una fiesta colorida y repleta de risas. No hay tiempo para la tristeza, la envidia, la maldad, la codicia, pero sí para la gula. ¡Eso siempre!

—Te amo, Bollita —me dice Nahuel mientras bailamos nuestra canción en la pista de baile con otras parejas.

Ahora tú de Malú.

—Y yo a ti, Bollito.

Reclina la cabeza y me da un beso apasionado, un beso revestido de tarta de chocolate. Este es mi cuento de hadas, lleno de besos, calorías extras, ternura y amor. ¡Mucho amor!

—Bollita —me dice con dulzura—, gracias por estos diez años maravillosos.

Le doy un beso fogoso.

—A ti por ser cómo eres, Bollito.

Nos cogemos de las manos y corremos hacia el establo, siempre quisimos hacerlo allí, pero...

—¡Maaa!

Salimos corriendo del lugar. ¡Necesito arrancarme los ojos ante lo que acabo de ver!

—¡A la casita del árbol! —grita mi marido.

—¡Me encanta!

Y allí, tras dos deliciosos orgasmos, bajamos a toda prisa cuando la casita empieza a emitir unos ruidos muy raros. Y en la huida, olvidamos nuestras ropas.

—¡Dios mío! —digo antes de esconderme entre unos jarrones—, si subimos se desplomará —me pongo triste—. tengo que resucitar a la dieta...

Nahuel mira hacia el jardín y corre para coger unas almohadas de unos sillones. Nos tapamos con ellas y corremos hacia la casa como alma que lleva el diablo. La fiesta continúa su curso hasta que un helicóptero aparece de la nada repleto de periodistas hambrientos por una exclusiva. Nahuel se pone tras mí para proteger mi culo, eh, mi honor, quiero decir.

—¡Señor Holmberg! —grita una mujer desde el aparato que vuela a muy baja altura—, ¿es una fiesta nudista?

Caminamos como cangrejos hacia la casa para que no tomen fotos de nuestros traseros.

—¡Tomen fotos! —ordena la periodista.

¡Es tan bochornoso! Pero logramos huir de ellos a tiempo.

Al día siguiente, miro perpleja las fotos que aparecen en el periódico. Yo delante de Nahuel con una almohada que cubre mi «voluptuoso» cuerpo. La mejor foto es la de su precioso culo. Merece varios likes y miles de comentarios. Frunzo el entrecejo al leer una información.

—¡Dicen que tengo cincuenta años! —grito eufórico—, ¡los demandaré!

Bajo el periódico y miro con ojos soñadores a mi marido y a mis hijas que bromean en la mesa. Nahuel ríe a carcajadas de las ocurrencias de nuestras gemelas. Cojo mi móvil y les tomo una foto para inmortalizar uno más de tantos momentos indelebles que hemos pasado estos últimos años.

—¡Os amo! —les digo.

Ellos me lanzan besos.

—¡Y nosotros a ti!

La dicha es vivir los pequeños momentos que con los años se transforman en grandes recuerdos.

Familia Bollito

¡Feliz navidad!

La canción «*Oh holy night*» suena en la casa mientras adornamos el árbol de navidad en el centro de la sala. Jonás y Paloma se dedican a la parte de arriba del mismo entretanto evocamos el día que fuimos a pescar con unos amigos.

—Aún no puedo creer que sustituiste a los gusanos por gusanos de gominolas —le digo a mi primo que acaba de colocarle un collar con una bola roja a su gatito—, porque te daban pena matar a los gusanos de verdad.

Alana me pasa una copa de vino.

—Alegando que los peces morirían de diabetes —se mofa Alana.

Jonás nos fulmina con la mirada.

—Yo no puedo creer que metieron un pescado en mi ropa íntima —nos dice, enfurruñado—, pero el karma fue justo...

Nos lanzó al agua tras recuperar la compostura.

—Tus gritos me recordaron a los de José cuando me vio desnudo el otro día —comento—, en fin...

¿Por qué menciono eso? José me ha visto desnudo en varias oportunidades, siempre por accidente, valga la aclaración, pero ese día me ha visto algo emocionado, ya que Patricia me ha dicho cositas guarras desde el cuarto de baño. José entró en la habitación sin golpear y me vio, el grito que soltó ha recorrido toda la casa.

—Hemos traído unas bolas —dicen los primos de Patricia con una alegría bastante inquietante—, todas las bolas nos gustan —bisbisean tras lanzarnos besos.

Quiero santiguarme, lo juro, pero me contengo.

—¿Y este bombón? —dice Alicia.

Nuestro árbol de navidad no es la tradicional, en lugar de bolas lleva dulces de toda clase.

Jonás coge a su gato: Rubio hermoso como papá. Sí, así se llama. Saca un cepillo de pelo que robó de las Barbies de mi hija y lo peina. Su gato es un angora amarillo muy chulo y bastante petulante como su dueño.

—Falta la vaca —dice Alicia.

Miro con atención el pesebre que montan mis hijas y Leo. Barbie es la Virgen María y Ken es San José. Alana me dice que ahora al fin entiende por qué él no es el padre de Jesús. Coge el muñeco y me enseña su parte íntima. No sé cómo reaccionar, así que me limito a gruñir.

—La he peinado yo —dice Leticia—, la Virgen María se ve más moderna con ese vestido y esos zapatos de tacón rojo.

Alicia me enseña el bebé que está en el Moisés.

—Jesús es un bebé muy moderno —me enseña su pequeño móvil—, les enviará mensajes a los reyes magos para que no se pierdan en el camino.

¿Y qué pasa con la estrella de Belén? Asiento con un deje difícil de definir con palabras.

—¿Quieres un espejo para apreciarte mejor? —le dice mi primo a su gato—. ¿Whiskas? —más maullidos—, ¿quieres oír a Britney Spears?

¿Por qué quiere torturarlo de ese modo tan cruel?

—¿O prefieres a Shakira?

Alana casi se atraganta con su chicle.

—Pero ¿qué le pasa a ese animal? —suelta—, me refiero al gato —le dice a Jonás y todos nos echamos a reír.

—Eres el gato más guapo del mundo —le dice mi primo—, hermoso de papá —le habla con voz infantil—, podrías competir conmigo...

No, el gato es más listo, pienso con sorna. Le pone la canción «Oops i did it again» de Britney Spears y el gato ronronea a modo de gratitud.

Alana me codea.

—Adoptó a una mascota idéntica a él —se mofa—, Jonás sería así si fuera un gato.

Nos echamos a reír.

—¿Solo porque es amarillo como el sol? —apostilla Jonás, enfurruñado.

Pongo los ojos en blanco.

—Ese gato es petulante, engreído, comilón, plasta y abusivo —le digo en tono serio. Jonás mira a su gato y luego a mí.

—¿Y en qué se me parece?

Todos lo miramos con atención y cierto estupor.

—¿Hablé en alemán o coreano? —suelto entre risas.

El gato ronronea de un modo muy tierno.

—¡Tan manipulador como tú! —exclamo y todos nos echamos a reír, una vez más.

Para completar nuestro día, José y sus amigos llegan vestidos de «mariposas navideñas», incluso tienen unas alas en rojo y blanco.

La canción «*I'll be there*» de Jess Glynne empieza a sonar y no puedo evitar canturrearla mientras nuestros hijos gritan por toda la casa y nuestras esposas tras ellos. Mi suegra quema algo en la cocina, la alarma se activa. La abuela trata de apagarla con la escoba y mi suegro trata de apagar el fuego con un paño húmedo. Patricia grita y Paloma también.

—¡El pavo se ha quemado!

Eso es letal.

—¿Qué?!

Por fortuna, mi suegra trajo tres pavos, la familia Bollito siempre tiene un As en la manga o un pavo extra en el refrigerador.

—¿Más canapés? —pregunta Patricia.

Su vestido rojo con detalles en arbolitos navideños dibuja una sonrisa en mis labios. Pero son sus pechos los que se roban toda mi atención. Mi suegra aparece con mi abuela. Ambas beben vino en unas plétóricas copas rojas. Miro a mi suegra con atención. Toda su ropa, ajustada, es de color dorado. ¿Acaso es una bola navideña? Su madre aparece vestida de Mamá Noel y su marido de Papá Noel. Ella está sentada en su regazo en la silla de ruedas eléctrica. Mis hijas y Leo son duendes. Ambas pelean por él, quieren jugar a los duendes enamorados, obra exclusiva de mi suegra. Para ella todo es motivo para casarse. Jonás mete más leñas en la chimenea.

—¡Joder! —chilla—, ¿qué había entre las maderas?

José y uno de los primos de mi mujer se lanzan a nuestros brazos, y nosotros los lanzamos al suelo. No tenemos tiempo para averiguar qué hay dentro de la caja de leñas, ya que la llama alcanza el árbol y ciertos adornos son inflamables. Corro hacia un lado y Jonás también. Chocamos y nos caemos de culo en la moqueta mientras las maripositas gritan como unas niñas en apuros. Raquel y Charlotte acaban de llegar y miran horrorizadas el espectáculo. Patricia y Paloma traen cubos con agua. Lanzan hacia el árbol y aumentan el fuego.

—¡Dios mío! —gritan y se abrazan acto seguido.

La abuela de Patricia y su marido empiezan a girar y a gritar. ¿Le pasa algo a la silla? Es nueva, regalo mío. Creo que aún no están acostumbrados a ella.

—¡El extintor!

Nuestros hijos vienen a la sala y gritan a coro. Jonás busca el extintor y apaga el fuego, pero no puede evitar que los detectores de humo se activen.

—¡Jooo! —digo cabreado—, ¡cuatro detectores se han activado!

Jonás sube sobre la mesita ratonera y apaga uno mientras yo intento desactivar otro. En menos de cinco minutos conseguimos apagarlos, pero no podemos desactivar el llanto de nuestros hijos, que lloran asustados a coro y con mucha efusión.

—No tienen problemas pulmonares —dice Alana—, y podrían competir en el programa de música «The Voice of Germany».

—Ya pasó —dice mi mujer—, vamos a solucionar, niños —les reparte dulces y los llantos se convierten en gritos de alegría.

Patricia corta la parte del árbol que se quemó y volvemos a adornarlo mientras las maripositas saltan de un lado a otro, tocándonos los culos de tanto en tanto. No reaccionamos únicamente porque los niños están presentes, porque caso contrario, estarían colgados en la pared como nuevos adornos.

—¡El árbol está listo!

El gato de Jonás salta por el árbol y lo derrumba. Miramos entristecidos el abeto tirado en el suelo y los adornos repartidos por toda la moqueta. José pone la canción «*Oops i did it again*» para immortalizar la tarde que un gato mató al árbol de navidad. Jonás da tres pasos hacia la puerta.

—¿Corro? —dice y acto seguido sale corriendo.

Alana y yo tenemos un fuerte encontronazo antes de salir en la dirección correcta.

—¡Te mataremos!

Los niños también corren tras él, sin sospechar nuestras verdaderas intenciones navideñas.

—¡Bollito! —grita Patricia.

Retorno sobre mis pies y le doy un beso apasionado.

—Te amo, Bollita.

Ella sonrío.

—Y yo a ti, Bollito.

Me da un beso muy, pero que te muy fogoso y decido llevarla a la habitación y olvidar mis planes homicidas en plena navidad.

—¡Noche de amor! —grita Jonás—, ¡noche de paz!

Y así es la navidad de la familia Bollito y asociados.

—¡Te amo, Bollita!

La canción de Sade: *Smooth operator* empieza a sonar en alguna parte de la casa y nos echamos a reír. ¡Es volver en el tiempo!

—Gracias por todo —me dice Patricia con lágrimas en los ojos—, nunca fui más feliz en mi vida.

—Tampoco yo, mi amor.

¡Feliz navidad! ¡Feliz muerte, rubio!

¡Felices fiestas Bollitos y Bollitas mías! ¡Os deseo una Navidad repleta de dulces y grandes alegrías!

Myrian González Britos



Otras obras de la autora



El disfraz de una mentira (1)

El disfraz de una mentira (2)

Dos almas y un secreto

Dudas del alma

Un príncipe a mis 30

Un príncipe a mis 35

No me olvides

Siempre te extrañare

Secretos de sangre

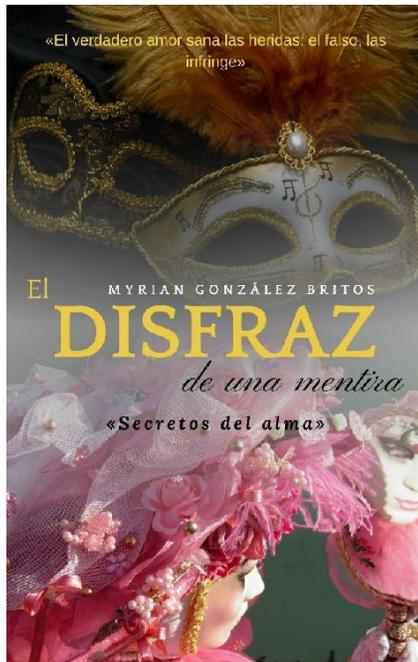
Alguien como tu

Dulce destino

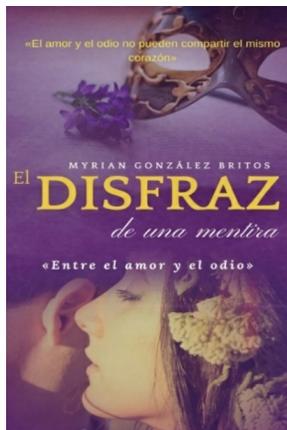
Esclava de un nazi

Mi cenicienta XL

En el corazón del águila

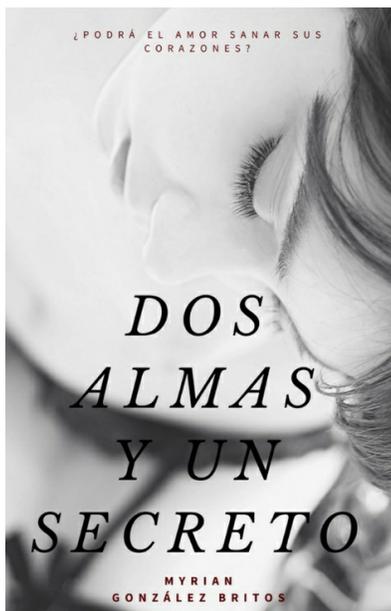


¿Qué razones nos llevan a escondernos tras un disfraz? Para algunos es la inseguridad, el miedo. Para otros, la maldad. En Bagni Di Luca, un pequeño pueblo de Italia, Anna Bellini se refugia en los libros y la comida para huir de la soledad. Carla Ferruzzi no duda en brindarle su amistad, y entre ellas se genera un lazo que parece inquebrantable. Un lazo que se pone a prueba con la llegada de Marcello Hoffman. Las verdades salen a la luz, las máscaras caen y no hay disfraz que resista las pruebas del amor. El disfraz de una mentira, una novela que habla del valor de la amistad, el amor y la sinceridad.



«Entre el amor y el odio, porque no pueden residir ambos sentimientos en el mismo corazón» Anna y Marcello se separan tras una trampa bien armada por Carla. Cada uno sigue con su vida, aunque, jamás consiguen desconectar sus almas. Anna se marcha a estudiar periodismo en Turín, donde disfruta de su juventud con sus amigos y conoce a Alex Mancini; sin embargo, no consigue olvidar a su primer amor. verdadero? Marcello sufre una gran pérdida e intenta reconstruir su vida al lado de Caroline, pero, a pesar del tiempo y la distancia, no logra olvidar a Anna. El pasado y el

destino parecen conspirar contra la felicidad de ambos, ¿o era alguien más? Cuando a Anna le diagnostican una grave enfermedad visual, y la tragedia golpea su puerta una vez más, se sumerge en una profunda y peligrosa depresión. Todo empeora, el día que descubre una verdad oculta detrás de una mentira bien disfrazada. Nadie era quien parecía ser en su vida. El odio y la venganza comandan su corazón a partir de entonces. Nada parece capaz de hacerla desistir, salvo, quizá, el inmutable amor de Marcello, que retorna a su vida, para poner a prueba su corazón y su propio destino. ¿La venganza será su salvación o el amor.



Todos tenemos un secreto inconfesable en esta vida». Matt lo tenía. Lizzy, también. Matthew Caffrey, un millonario excéntrico y perturbado, lucha contra su pasado en un desesperado intento de que éste no rija su presente; pero el vacío que siente es cada vez más profundo y difícil de llenar. Lizzy Smith carga con una historia de dolor y abusos. Su alma parece ahogarse en las penas y sólo desea ser feliz, aunque sea una vez en la vida. Dos corazones. Un secreto. Una oportunidad de sanar.



Érase una vez...

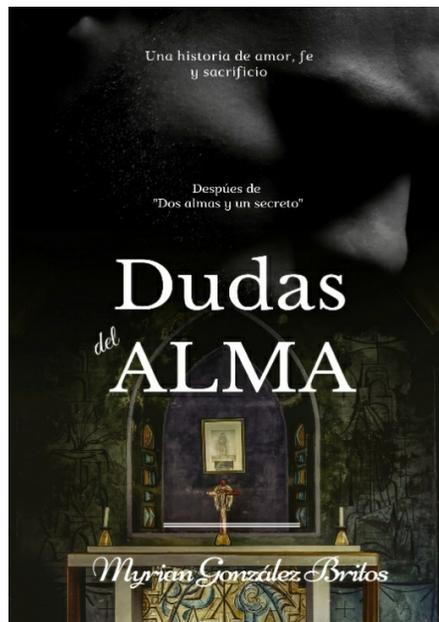
Valentina González no creía en los finales felices y mucho menos ahora que estaba a punto de cumplir sus treinta años. La muerte de su madre había dejado un enorme vacío en su corazón. La pena y la desesperanza tendían a crecer cada día más y más en su interior.

¿El destino se apiadará de ella?

Jonás Müller había huido de su país tras pillar a su hermano y su prometida en la cama.

Nada tenía sentido para el triste vikingo, hasta que llegó a Somo, y conoció a Valentina, la princesa que vivía encerrada en una librería.

¿Podrían dos almas rotas escribir una linda historia de amor?



«Una historia de amor, fe y sacrificio»

Peter Stanzenberger, un fervoroso cura alemán, viaja a Italia por una misión, sin sospechar que el destino pondrá a prueba su devoción.

Anna María Barsi, una dulce y soñadora italiana, prepara su boda convencida de haber encontrado el amor de su vida.

Cuando el padre Peter llega a su humilde pueblo, sus planes y sus propias certezas cambiarán para siempre.

Un amor vedado ante los ojos de los hombres y de Dios.

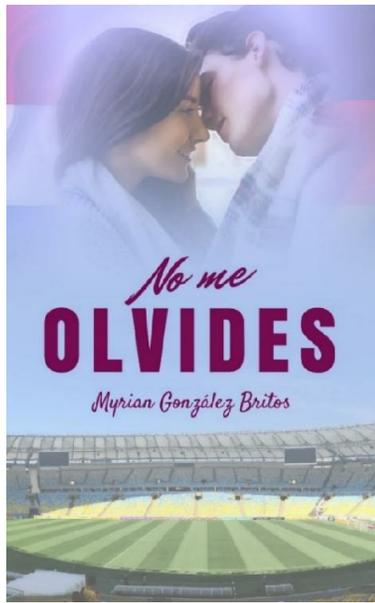
¿Es el amor un pecado mortal? ¿Podrán vencer las pruebas impuestas por el destino?

Una historia conmovedora, que pondrá a prueba incluso tu propia creencia.



Valentina y Jonás escribieron su historia a pulso. Juntos lograron vencer los obstáculos impuestos por el implacable destino. Sin embargo, había muchas pruebas más a vencer a lo largo de la vida. Un campeonato de surf en la playa de Somo prometía desatar los demonios más salvajes de Pulgarcito. Jonás, el dulce vikingo, disfrutará como nunca del lado más ladino de su pequeña y simpática esposa.

Para completar su suerte, su hermano, Stefan, retomará a su vida y pondrá a prueba su corazón. El cuento de hadas era idílico, hasta que un video erótico del alemán comenzó a circular por las redes sociales, desestabilizando por completo los pilares de su matrimonio. ¿Podrá el amor de Pulgarcito y el vikingo dorado vencer esta inesperada y brutal oleada?



Aramí González tenía el corazón roto cuando llegó desde Paraguay a Río de Janeiro para ayudar a su tía enferma. Lejos de los suyos, intentó rehacer su vida y encontrarse a sí misma.

Thomas Leuenberger estaba a punto de casarse, pero antes de dar el sí, haría un último viaje de soltero con su hermano y unos amigos; el destino: Brasil, Copa del Mundo 2014.

Un encontronazo marcado por el destino cambió sus historias para siempre. Aramí y Thomas iniciaron el gran juego de sus vidas.

¿Era el amor el gran premio?



Volver a la vida no era una tarea sencilla para Paula Bellini y Nicolás Ricci. Ambos habían sido privados de su libertad por aquellos que menos esperaban.

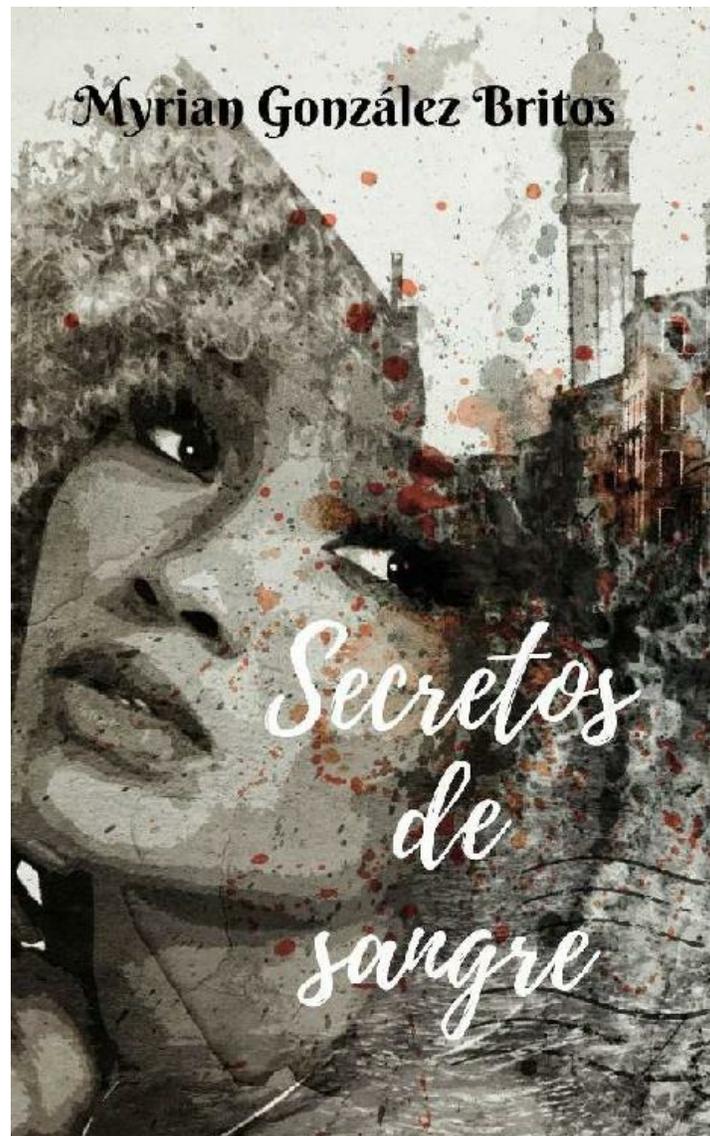
Cuando Paula llegó a la vida de Nicolás, a través de sus sueños, algo renació en su interior. ¿Cómo era eso posible? ¿Soñar con alguien que nunca había conocido?

Paula llevaba años haciéndose la misma pregunta, soñaba despierta con él desde su adolescencia, conocerlo en persona fue la magia que necesitaba en su vida.

El destino les tenía preparada una gran sorpresa.

Una sanación que no esperaban, un milagro que no creían posible.

«El amor iluminó sus abismos».



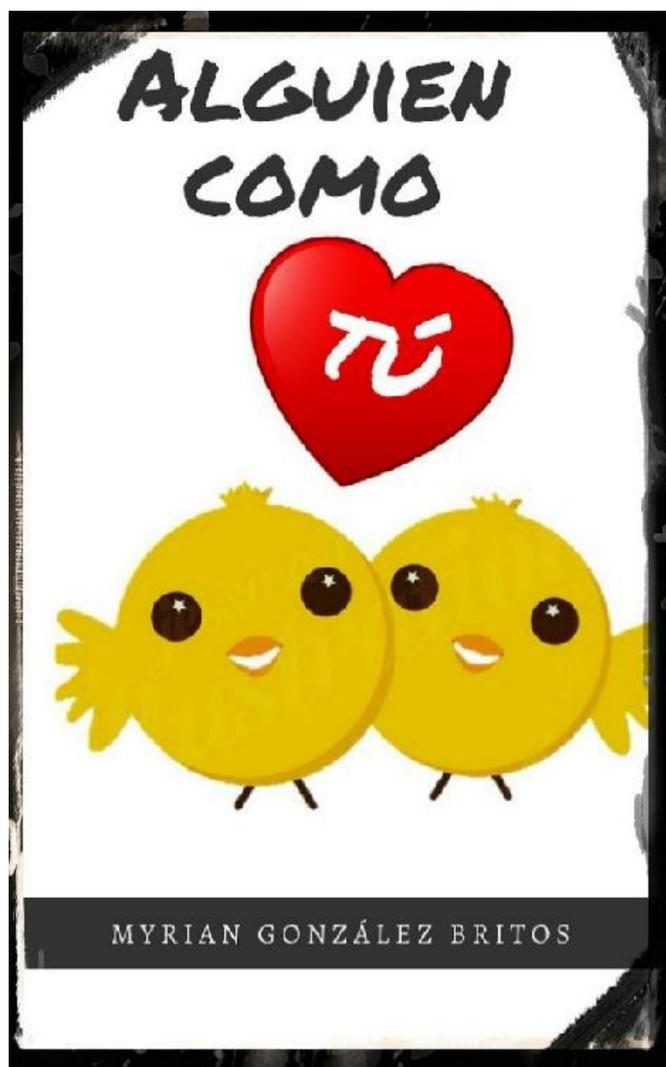
«La peor batalla siempre la libra el corazón»

La bella y tímida pastora judía Giovanna Bianco paseaba todas las mañanas por los valles de su pueblo con sus ovejas y su fiel perro. Ser hija de una judía nunca fue un problema para ella, hasta que se desató la guerra.

Paul Bachmann era un atractivo e inmovible capitán nazi, cuya misión en Italia era clara hasta que conoció a la inocente pastora y todo cambió. Un sentimiento desconocido nació en su duro pecho y cambió su destino para siempre.

Les unía el amor y también un secreto. ¿Podrán vencer los obstáculos impuestos por la guerra?

Una novela que desatará una dura batalla en tu corazón.



Elena creía en las segundas oportunidades, a pesar de todo lo que había sufrido a lo largo de su vida. Huyó de su pueblo y decidió reconstruir su historia lejos de los malos recuerdos.

Cierta tarde, vio a su nuevo vecino y pensó perder la cordura ante semejante dios mítico. Nunca sintió tanta atracción por alguien, pero con un pequeño defecto: era gay.

Alan tenía el corazón roto tras el inesperado y duro divorcio. Reconstruir su vida no sería una tarea simple y menos sin trabajo. Todo iba mal en su vida hasta que conoció a Elena, su vecina. Verla se le hizo vital. Era la mujer perfecta, pero con un pequeño fallo: era lesbiana.

Una confusión que los llevará a cometer grandes y divertidas locuras, mientras el amor comandaba en secreto sus corazones.

¿Quieres formar parte de este dulce gallinero?



«La peor deficiencia del ser humano es la incapacidad de amar».

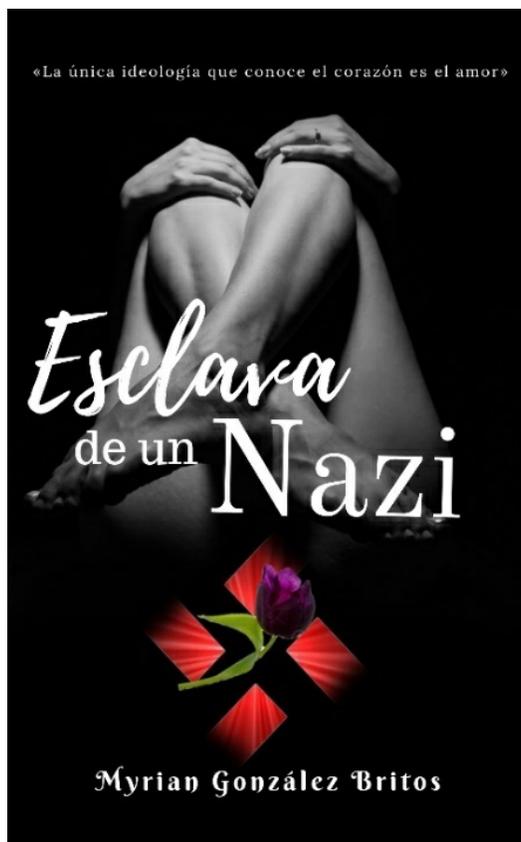
Beatriz Aquino decide aceptar la propuesta laboral del señor Weber, dueño de la granja Dulce destino. Necesita el dinero para abrir su propia clínica en el futuro.

En aquel lejano pueblo, conoce a Daniel Schmidt, un hombre cuya belleza angelical y ternura la cautivan desde el primer día que lo conoce.

La bella veterinaria descubre con el tiempo que Daniel sufre de una discapacidad intelectual leve, un aspecto que, en lugar de alejarla, la acerca más y más a él.

La amistad se convierte en algo más, en algo mucho más fuerte y toda diferencia queda soterrada bajo ese sentimiento.

¿Podrá el amor vencer la barrera impuesta por los prejuicios?



El 30 de enero de 1933, Hitler es nombrado el jefe del gobierno alemán y muchos alemanes creen que han encontrado al salvador de la nación. Mientras tanto, en el bucólico pueblo de Blankenstein, el humilde jardinero, Sebastián Ackermann, llega a la vida de la caprichosa judía, Lya Rubinstein, para doblegar su corazón y su propio orgullo.

Entre peleas, disputas, bromas y muchos besos, viven una intensa historia de amor prohibida, hasta que, un mal entendido cambia el destino de sus almas.

Sebastián y Lya toman caminos distintos sin lograr olvidar el pasado.

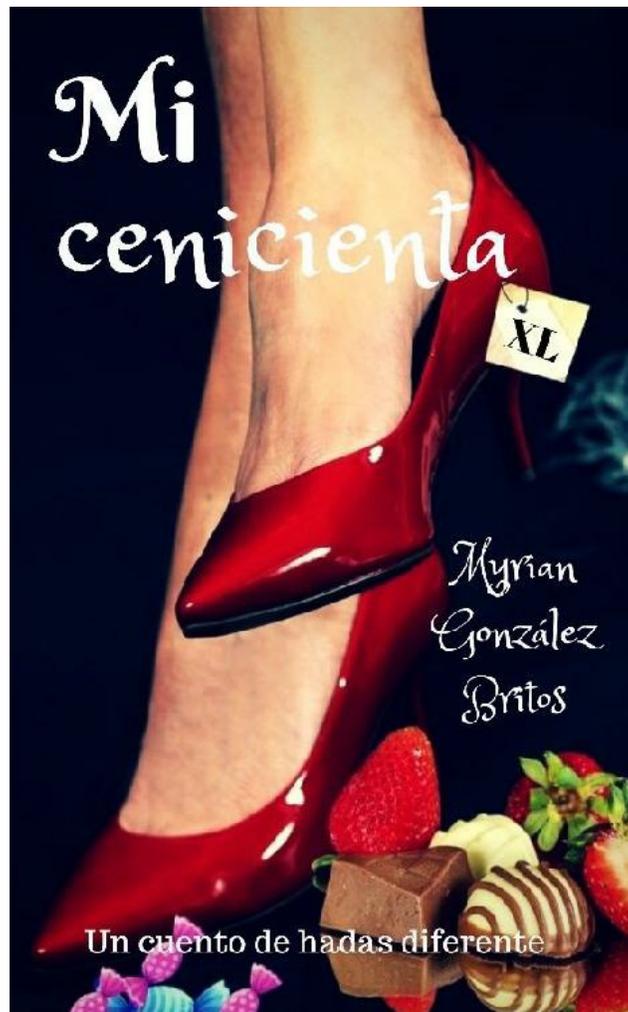
Él se alista a las SS y ella vuelve a Berlín tras su repentina boda. La vida se transforma en un laberinto sin salida para ambos.

Una segunda oportunidad surge en medio del caos, pero, el orgullo, una vez más, comanda la razón de Lya y todo toma otro rumbo.

Herido, el joven capitán de las SS decide vengarse de ella en la primera ocasión que surge y la convierte en su esclava, en esclava de un nazi.

¿Podrá el amor vencer la peor batalla de sus vidas? ¿Podrá el perdón curar sus heridas más profundas?

Una trepidante historia de amor y sacrificio, donde la única ideología es la que conoce el corazón.



Patricia y su mejor amigo, Nahuel, luchan contra la báscula. Entre dietas y dietas viven una sabrosa historia de amistad que, con el tiempo, se convierte en algo más, un secreto que ambos ocultan uno del otro.

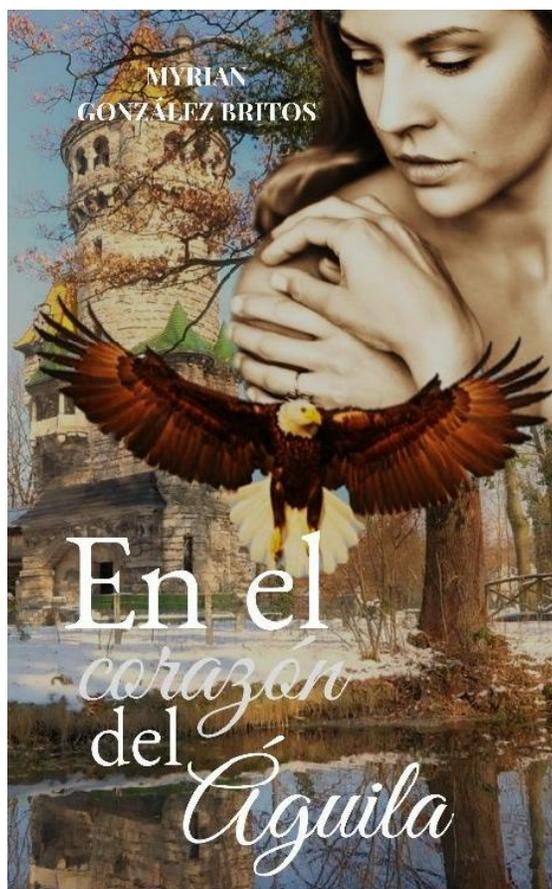
Un día, ella le propone hacer la dieta del sexo y él, encantado acepta.

Todo va de maravilla, hasta que un malentendido los separa. Patricia siente que la tristeza y la añoranza la matarán, sin sospechar que a Nahuel le sucede lo mismo.

Cinco años después, vuelven a hablar y el amor renace con fuerza en sus corazones, lapso en que el atractivo y misterioso multimillonario, Heinrich Holmberg, dueño de la empresa donde Patricia trabaja, aparece en su vida y pone a prueba su corazón.

¿Con quién decidirá quedarse nuestra cenicienta?

Una deliciosa y calórica historia de amor que promete hacerte reír y llorar.



Vérano de 1941, en plena Segunda Guerra Mundial, el futuro conde von Falkenhausen, Wilhelm, retomó al castillo de su familia tras recibir una llamada de su padre, que se encontraba muy enfermo.

El conde exigió a su hijo que desposara a una mujer lo antes posible o su primo, capitán de las SS, Hermann, su enemigo número uno, sería el nuevo conde. Wilhelm comprendió que era momento de sentar cabeza o perdería el título de nobleza y todos los privilegios que conllevaban el mismo como consecuencia.

Allí, en medio del caos, conoció a Ela Bokowski, una polaca que había nacido y crecido en Alemania. Una mujer cuya belleza lo encandiló. Aunque, su carácter y su rebeldía rompían por completo el halo de su beldad angelical.

Con el tiempo, descubrió sobre su origen gitano, pero no el mayor secreto que ocultaba bajo siete llaves. Tras ello, sin miramientos, le propuso matrimonio a cambio de su protección. Necesitaba estar casado un año para poder heredar el título de su padre.

Ela aceptó por varios motivos, algunos más altruistas y otros no tanto. Durante un año, fingirían ser una pareja amorosa y perfecta, sin embargo, la atracción que ambos sentían el uno por el otro podría romper las reglas impuestas por el corazón de Wilhelm, protegido por el águila que llevaba tatuado en el pecho.

Una emocionante historia de amor y sacrificio, cuyo final te dejará completamente sorprendido.

